

UAN

DA  
7  
CCIÓ

TONOMA DE NUEVO  
GENERAL DE BIBLIOTEC

SINUÉS  
EL  
GETRO  
DE  
FLORES

RAMO

PG6567

.S5

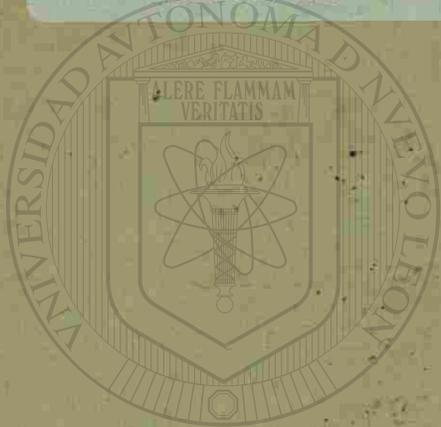
C4

V. 1

R. C.



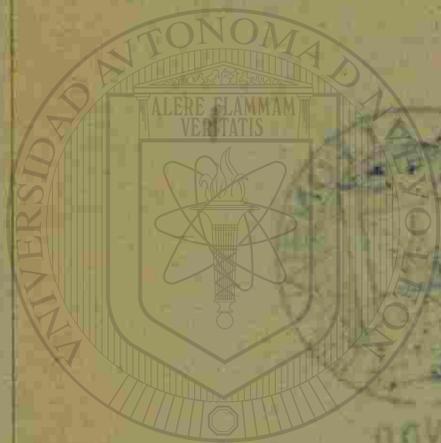
1020027403



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL CETRO DE FLORES.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

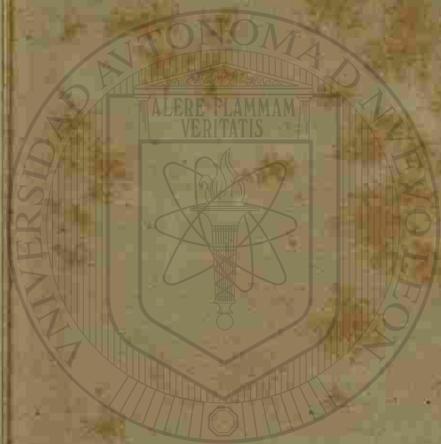
868  
S.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
FONDO RICARDO COMASERRA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO GARCÍA Y CAERES  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
100479



34480



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADMINISTRACIÓN:

calle de Trujillos, núm. 5, cuarto segundo.  
MADRID.

DE  
**CETRO DE FLORES,**

COLECCIÓN DE LEYENDAS

BASEADAS EN LAS

**OBRAS DE MISERICORDIA,**

escritas por

MARÍA DEL PILAR SINOES DE MARCO,

DEDICADAS

RICARDO CARRERA

el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias

**D. ALFONSO DE BORBÓN.**

Y PUBLICADAS

con la aprobación de la censura eclesiástica  
y de la fiscalía de novelas.

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVE LEÓN





FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

de la autora: que  
pósito que previene  
la ley.

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

MADRID: 1865.—Imp. de M. Tello, Preciados, 86.

A S. A. R.

EL

SERMO. SR. PRINCIPE DE ASTURIAS

D. ALFONSO DE BORBÓN.

Señor:

*El día mismo en que V. A. R. dio la primera luz, surgió en mi mente el pensamiento de escribir y dedicarle este libro.*

*Quería, empero, escribirlo, no para el niño, sino para el hombre; no para el PRINCIPE, sino para el REY; pues mi intención era, no solamente solazar al tierno ALFONSO, sino descubrir á ALFONSO XII algunas de las hondas miserias que diezman la sociedad, y que el hijo de la magnánima ISABEL II aliviará si las conoce.*

*Yo sé muy bien que, aun en la corta edad que hoy cuenta V. A. R., separaría el pan de sus angustios labios para darlo á un mendigo, pues ha bebido en el excelso seno de su madre esa generosa piedad que forma una parte de su propio ser; pero, Señor, no es la mendicidad ni el hambre que se ostenta lo más digno de lástima; hay miserias ocultas y dolores del alma que la misericordia de un príncipe cristiano puede sanar; y esas miserias y esos dolo-*

res son los que he procurado poner ante los ojos de V. A. R., poniéndolos al mismo tiempo ante la vista de la humanidad entera.

Dios reserva á V. A. R. un cetro de oro, y yo le ofrezco otro de aromadas flores cuyo artífice ha sido el mismo Dios, porque las misericordias son las únicas flores que descienden del cielo para embalsamar el camino de los reyes.

Once Alfonsos, Señor, han ocupado el sólio de la augusta madre de V. A. R., entre ellos Alfonso el Católico, Alfonso el Casto, Alfonso el Sábio y Alfonso el Batallador: al escribir estas leyendas para V. A. R., he procurado poner cuanto ha estado de mi parte para que la historia le designe con el nombre de ALFONSO EL MISERICORDIOSO, porque este título le conquistará un rico caudal de bendiciones y de amor en la tierra, y en el cielo otra corona eterna.

Señor:

Á L. R. P. de V. A. R.

María del Pilar Sinués de Marco.

## INTRODUCCION.

### Á LA ADOLESCENCIA.

No es esta, mis jóvenes lectores, una obra tan sencilla como *La Ley de Dios*, que dediqué á la augusta hermana de nuestro excelso Príncipe, la Serma. Sra. Infanta doña María Isabel Francisca de Asís, y que publiqué bajo la proteccion de SS. MM. en el año de 1858: vosotros la habreis leído quizá, y habreis visto que aquella está exclusivamente escrita para la infancia. ®

No así esta: la niñez necesita que se le presenten imágenes bellas y sencillas que preparen al corazón á recibir impresiones

saludables: á la adolescencia conviene conocer, amar y practicar la virtud, bien así como la jóven planta que, en los primeros dias de su nacimiento, va brotando tiernas hojas que luego se convierten en flores, y más adelante en sazonados frutos.

Los buenos, dulces y caritativos sentimientos que ahora se arraiguen en vuestro pecho, han de predisponer vuestro ánimo para las acciones generosas, para una vida irrepreensible, y hasta para la abnegacion y el sacrificio, que son los frutos sabrosos de la edad de la razon, y que os formarán una corona inmortal para adornar vuestros sepulcros.

Jóvenes que os hallais en esa edad peligrosa, que participa de la indecision y de la debilidad de la niñez, y en la cual empiezan á asomar sus ardientes cabezas las borrascosas pasiones de la adolescencia; jóvenes que anhelaís los placeres con la voraz sed que nos hace desear todo lo desconocido: la que esto escribe para vos-

otros no se ha alejado aún tanto de vuestra edad dichosa que no recuerde lo que por su mismo corazon pasó: sabe que, á vuestra edad, la esperanza de ir á un baile arroba el alma como la dicha mayor; que todo se cree, que todo se espera y todo se ama: sabe que las largas veladas pasadas en el hogar de la familia, que tanto echamos de menos algunos años despues, están para vosotros llenas de tedio y de tristeza; y para divertir las he escrito esta obra, deseando al mismo tiempo que os advierta los abismos en que vuestras ilusiones os pueden precipitar.

Como veis, está dedicada á nuestro excelso Príncipe; pero si bien es cierto que en ella he querido descubrir al Rey muchas miserias humanas, no lo es menos que las quiero mostrar tambien á toda la juventud, para que las remedie y alivie en lo posible, y para enseñarle, con ejemplos sólidos, el camino de la felicidad.

¿No os han dicho alguna vez que la sen-

da de la vida, por lo árida y escabrosa, es intransitable? ¿No os han asegurado que el bueno es siempre infeliz, y que solo la astucia y la maldad triunfan en el mundo? Y si habeis tenido la buena suerte de que no viertan en vuestros oidos el veneno de tan falsas doctrinas, ¿no habeis leído alguna de esas monstruosas novelas, á que tan aficionada es vuestra edad, y que ocultan bajo una capa de miel el más nauseabundo acíbar? ¡Ah, sí! Uno y otro habrá sucedido. Algun filósofo extraviado os habrá hecho oír sus funestas teorías, y los libros cuyas páginas están escritas con hiel y veneno no habrán dejado de entretener, durante algunas horas, vuestra fogosa imaginacion.

Ved aquí, pues, un libro nuevo que quisiera fuera antídoto saludable á esos de que os he hablado: él se presenta á vosotros como un amigo cariñoso y jóven, no como un preceptor uraño y regañón.

Jóvenes de ambos sexos: vosotras, que

habeis de sembrar la alegría y la paz en el hogar de vuestros esposos, despues de ser el consuelo y la delicia de vuestros padres; vosotros, que habeis de agruparos en derredor del trono de ALFONSO XII para defenderle con la toga, la pluma y la espada; ya sabeis, como sé yo tambien, que nuestro príncipe es hijo de ISABEL LA MAGNÁNIMA, y que la piedad y la misericordia le han alimentado en el seno materno: no quiero ni pretendo, pues, enseñarle á ser misericordioso: únicamente trato de descubrirle algunas de las miserias de la vida, para que su régia mano las socorra y su voluntad excelsa corte los abusos que las motivan.

Vosotros las vereis tambien; por consiguiente, hermosas niñas, no negueis jamás los socorros de vuestra piedad ni las oraciones de vuestros labios á los que padecen: la piedad y la misericordia son el más bello atributo de la mujer. Y vosotros, gallardos adolescentes, acordaos

de que la grandeza del perdon es lo que más realza la noble condicion del hombre, y de que sereis más heróicos, olvidando una injuria, que tomando de ella la venganza más sangrienta y feroz.

Ya os he dicho que no está todavía muy lejano el tiempo en que contaba vuestra edad: aún conservan mis cabellos el vaporoso matiz dorado de la juventud, y mis ojos la celeste pupila á través de cuya pura transparencia leen nuestras madres en el fondo del alma; por eso aún puedo ser vuestra amiga: mi corazon es jóven como mis ojos, y Dios está siempre dispuesto á otorgar á la amistad y á la juventud la persuasión que le pido para mi pluma, y que confio no ha de negarle conociendo mi propósito de haceros buenos y dichosos.

La Autora.

## LA ROSA.

Tú, la bella entre las flores,  
Y por ellas elegida  
Reina de aroma y colores:  
Tú, que le escuchas amores  
Al aura que va perdida:  
Tú, que das al corazon  
Alegria al contemplarte,  
Da á mi pluma inspiracion  
Para que pueda ensalzarte,  
Cual debo, en esta leccion.  
Por gala del cetro real  
Te escojo con ansia suma:  
Sea antidoto del mal  
Tu hermosura virginal,  
Y que ella guie mi pluma.

Yo de tu aroma iré en pos  
Cual bello y luciente faro  
Que en mi senda puso Dios,  
Y si tú me das tu amparo,  
Gloria tendremos las dos.



LEYENDA PRIMERA.

---

EL CASTILLO, LA ALDEA Y EL PALACIO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DIRECCIÓN GENERAL DE

I.

Como las cuatro de una helada tarde de invierno podrían ser cuando la lluvia, que había estado contenida con trabajo en los pardos senos de las nubes, reventó en torrentes, desplomándose sobre el pedregoso suelo de un extenso valle que hacían más triste los corpulentos troncos de algunas viejas encinas.

Corría el año 1832 y era á fines del mes de Febrero, y en las montañas que rodean á Toledo como un áspero y oscuro cinturón, donde tú, mi jóven lector, tendrás que seguirme si quieres presenciar uno de los más bellos y grandiosos espectáculos que ofrece la naturaleza. ®

Silbaba el viento con furor, y de cuando en cuando un relámpago azulado rompía por entre la lluvia, y, abriéndose paso, iluminaba el paisaje con un resplandor sombrío.

Ni un ser viviente se veía en cuanto alcanzaba la mirada; ni siquiera una habitación humana, á no ser las altas torres de un hermoso castillo señorial.

Cada relámpago le iluminaba con sus fantásticos reflejos; y á aquella luz vaga se veían blanquear las estatuas de mármol que decoraban su peristilo como guardianes mudos y arrogantes, y las caladas labores del balcon de piedra que daba sobre la puerta principal.

No obstante, un observador curioso hubiera descubierto á alguna distancia y entre los torrentes de la lluvia, otra vivienda que hubiera llamado aún más su atención que la magnificencia del soberbio castillo.

Era otro edificio más moderno; pero no menos rico.

Sin embargo, su esplendidez, en vez de ser orgullosa y severa como la del castillo, era deslumbradora.

La puerta de entrada, de encina tallada

con clavos y molduras de bronce, tenía un mérito raro y un trabajo maravilloso.

Una graciosa escalera de mármol blanco con vetas negras, conducía por ambos lados al interior del palacio, y en cada uno de ellos tres graciosas esculturas, representando ninfas veladas con cendales, sostenían seis grandes faroles de cristal con arabescos dorados figurando un escudo de armas, cuyas luces no habían podido apagar la lluvia y el viento de aquella triste y pavorosa tarde de invierno.

Cualquiera que hubiera pasado por allí á la hora en que yo te conduzco, lector mio, se hubiera detenido admirado, ó más bien, atónito ante aquellos dos edificios.

Pasmaba en el uno su austera y soberbia grandeza.

Seducía en el otro su brillante magnificencia.

Asemejábase el castillo á un anciano de cabellos blancos; pero hermoso, imponente y lleno de magestad.

Pareciase el palacio á una joven de blonda y rizada cabellera y cubierta de diamantes.

Pero ambos eran tan ricos y espléndidos,

que hubieran dejado suspenso el ánimo más esforzado, y atónitos los ojos más acostumbrados á admirar grandezas.

Absorto se hallaba contemplándolos, á pesar de la tempestad, un hombre cuyo traje, medio de cazador y medio de aldeano, era bastante singular.

Aquel jóven—pues tal parecía por la gallardía y firmeza de su apostura—no obstante llevar el rostro velado por su sombrero, aquel jóven, digo, no daba muestras de notar la lluvia que caía sobre sus espaldas, cubiertas solo con una especie de chupa de paño pardo y tosco: unos botines de cuero, abrochados con botones de asta negra, cerraban sus piernas, de un dibujo robusto y lleno de perfección. Un calzon encarnado de paño fino, y ancho de hechura, se plegaba debajo de su rodilla, y de la misma tela y color era una almilla que llevaba bajo la chupa y que iba sujeta á su gallardo talle por un cinto de cuero que sostenia dos pistolas con arabescos de plata.

Por debájo de las anchas alas de su sombrero, y azotados por el helado viento de aquella tarde, se escapaban algunos rizos de cabellos negros y lustrosos.

Á pesar de lo tosco de su traje, todo demostraba, en el que lo vestia, la decencia y ese perfume exquisito de decoro y de buen tono propio de las personas de una clase elevada y de una naturaleza distinguida y especial, y que no pierden ni aun en medio de las mayores desgracias.

Sin embargo, á través de estos rasgos característicos, se advertian en aquel hombre las señales indelebles del dolor y de largas horas de sufrimiento.

Su espalda, lisa, ancha y gallarda, se encorvaba con frecuencia á impulsos de un desaliento profundo é independiente de su voluntad: su mano, pequeña y nerviosa, estaba áspera y enrojecida por el frio, segun podia descubrirse en lo que dejaba ver un guante medio puesto en la diestra y del todo ajustado en la izquierda: parecia agobiado de cansancio, y despues de registrar con la mirada durante algunos instantes el sombrío paisaje que se extendia ante su vista, se dejó caer en la quebrada base de la roca donde habia permanecido en pié.

¿Por dónde habia venido aquel hombre singular?

¿Cómo habia atravesado con un temporal

tan cruel el pedregoso camino que se perdía á gran distancia de aquel sitio entre las quebraduras de las rocas?

Nadie hubiera podido decirlo.

Sin embargo, él estaba allí, llevado sin duda por la mano de Dios, como el genio del dolor y de la tristeza, cuyo pedestal fuese aquel terrible y desolador paisaje, cuyo dosel fuese la tempestad.

II.

Cesó la lluvia algun tanto cuando las sombras del crepúsculo reemplazaron á la luz postrera de la tarde.

El montañés se habia quedado inmóvil en su asiento, empapado en agua.

Un sueño mortal, efecto de la fatiga y del frío, le habia sobrecogido.

Á través de aquel letargo homicida, la fiebre ardía en su cerebro y en sus venas, y sus miembros temblaban como las hojas de una encina, batidas por el huracan en una tarde de estío.

Media hora pasó así, durante la cual el sombrero del desconocido cayó á sus piés descubriendo una poblada y rica cabellera negra.

Empero su rostro, oculto sobre el pecho, no podía verse.

De súbito cesó la lluvia: apareció la luna en el cielo, y, como evocada por ella, una esbelta niña asomó por una pequeña eminiencia su gentil y risueño semblante.

Como si viniera deliberadamente á conocer al viajero, ó como si ya le hubiera reconocido, se acercó á él con ligereza y le tocó en un hombro.

Estremeciése el montañés y levantó con lentitud la cabeza; pero volvió á dejarla caer pausadamente como si no pudiese sostenerla.

—¡Señor! dijo la jóven sacudiéndole de nuevo y con más fuerza el brazo.

—¿Quién me llama?... ¿Eres tú, Constanza? exclamó azorado y con ronca voz.

—No me llamo Constanza, señor; observó la niña con dulzura y riendo cándidamente.

El incógnito clavó en ella una mirada de asombro.

Tenia de diez á once años á lo sumo y era rubia, rosada y de poca estatura: sus ojos, azules como la flor de la clemátida, no eran grandes, pero sí tan alegres que daba placer mirarlos: su boca diminuta, de gruesos

labios, y su nariz pequeña y levantada, prestaban á su carita redonda y rolliza una gracia picante y llena de ingenuidad.

—¿Quién eres? preguntó el jóven levantando con el trabajo de la fatiga y de la fiebre un rostro en que se veían escritos veintiocho años y muchos pesares.

—¡Toma! ¡Yo soy la Golondrina! dijo la muchacha, como si el viajero debiese por fuerza conocerla.

—¿La Golondrina?... repitió el jóven, á cuyos labios secos asomó una leve sonrisa.

—Sí, señor; la Golondrina: venia de mi pueblo, que es San Simon (1): allá abajo está, y como llovía tanto entré en el palacio.

—¡En el palacio! ¿Cuál?

—¡Toma! En aquel... en el que tiene esos figurones de piedra.

—¡Ah! dijo el viajero con una mirada ansiosa: ¡vienes del castillo! ¡Habla... habla!

—Pues entré allí; y como siempre que

(1) He dado este nombre imaginario al pueblo en que ha de pasar una parte de esta historia, para huir de los inconvenientes que traen los nombres propios.

voy me da algo el Sr. Juan el cocinero, me fui derechita á la cocina; y estando comiendo un pedazo de carne asada junto á la ventana, le vi á V. y dije: ¡se va á morir dormido ahí!

Un suspiro fué toda la respuesta que obtuvo el locuaz razonamiento de Golondrina, que continuó sin desanimarse:

—Yo me hice esta reflexion: lo mismito me comeré la carne andando que aquí quieta, y podré llamar á ese pobre señor y le haré venir á que se abrigue en la cocina del Sr. Juan: por eso eché á correr y llegué... vamos, ya la lluvia pasó... Véngase usted conmigo, que el Sr. Juan es bueno y le amparará.

—¿Quién vive allí? preguntó el montañés, que parecia absorto en una idea única y angustiada, señalando al magestuoso castillo.

—Unas señoras altas y hermosas como la Virgen que está en el altar mayor de la iglesia de San Simon; una señorita un poco mayor que yo, que me toca la cara cuando pasa junto á mí, y un viejecito que casi no puede ya andar.

—¡Ellos son! exclamó el montañés lan-

zándose hácia el castillo con un ímpetu delirante.

Mas de repente se detuvo como herido por un rayo.

Acababa de abrirse uno de los balcones decorados de raso color de rosa del magnifico palacio iluminado por los faroles, y una mujer asomó á él su bella é indolente cabeza, resguardada por un velete de blonda blanca con lazos azules.

los hermosos contornos de su figura: bajo la bata, abierta por delante, se veía otro vestido interior, de muselina blanca también, cubierta de encajes.

Sobre sus cabellos castaños, sedosos y brillantes, llevaba una toca de levantarse, de encajes, adornada de lazos celestes y de la más bonita hechura.

La tez de aquella mujer era blanca y diáfana como el nácar: su boca, que formaba un arco de coral húmedo y caprichoso, armonizaba perfectamente, por su expresión seria y desdeñosa, con sus ojos garzos, de altiva mirada. Sus mejillas redondeadas, sus cejas de seda y el gracioso corte de su frente, hacían de ella una hermosura perfecta y llena de animación.

Paseó una mirada curiosa por el paisaje, y sus ojos se detuvieron en el cazador y Gollondrina; pero sólo vio á un aldeano vestido con un tosco traje, y á la muchacha que conocía desde hacía mucho tiempo.

Incómoda sin duda con el frío de la tarde, volvió á entrar en la estancia y cerró el balcón; pero alzó una de las cortinillas de raso de color de rosa y encaje blanco, y apoyó en el cristal su nacarada frente.

## III.

—¡Constanza! gritó el montañés con un acento arrancado de lo más hondo de su corazón.

La joven del balcón se estremeció y perdió el color; pero sin duda se le figuró ser una ilusión aquel grito tan triste y elocuente, porque una sonrisa se dibujó en sus labios, y, saliendo al balcón, se apoyó en su barandilla.

El incógnito cayó de rodillas como si hubiera tenido ante sus ojos una aparición celeste.

La mujer, cuya vista le conmovió tan profundamente, era alta y esbelta.

Una bata de cachemira blanca, entretejida y forrada de raso celeste, dejaba ver

Entonces el cazador se volvió hacia Golondrina, que le miraba atónita, y la asió por un brazo.

—¿Cómo se llama esa mujer? le preguntó.

—¡Toma! Como V. la ha llamado; respondió la niña.

—¿Constanza?

—Constanza, sí, señor.

—¿Cómo es que vive ahí?

—Yo no lo sé; pero suélteme V. el brazo, que me hace mucho daño.

El jóven soltó el brazo de Golondrina, que continuó:

—¡Pensé que me lo iba V. á romper! Pero ahora que me acuerdo, si quiere V. venir á la cocina del tío Juan, él dirá á V. desde cuándo vive ahí la señorita.

—¡Vamos! dijo con voz sorda el cazador.

Y echó á andar entonces con tal velocidad que las pequeñas piernas de Golondrina apenas podían seguirle.

Pronto llegaron ambos al castillo, á pesar de la lluvia que volvía á caer á torrentes: el cielo, serenado por la luna algunos instantes, habia vuelto á cubrirse de negras nubes, y el trueno rujía entre las que-

braduras de la sierra precedido de azulados relámpagos.

Sin embargo, nada era bastante á contener la marcha febril del cazador, que parecía volar más bien que andar por la estrecha senda que conducía al castillo entre un bosque de seculares pinos.

Por su parte, Golondrina iba saltando detrás como si fuese una cabra montés.

El castillo, situado al parecer enfrente del sitio donde vimos aparecer al jóven cazador, estaba á bastante distancia: mil vueltas entre las peñas habia que dar para llegar á él, y más de una vez la pobre Golondrina, no obstante su ligereza casi aérea, tuvo que detenerse para tomar aliento.

Cerca de concluirse la senda que llevaba hasta la puerta del castillo, se dejó caer el jóven en una pequeña eminencia cubierta de yerba.

Golondrina se detuvo á su lado y le vió temblar de nuevo, como si la fiebre sacudiese todos sus miembros.

—Vamos, señor, le dijo con acento dulce: un esfuerzo más, y ya estamos en el castillo: mire V., no tendrá ni aun que subir

escaleras: en el patio mismo está la cocina, que es muy grande y hermosa, y el tío Juan le dará un vaso de vino caliente y un asiento en el banco de encina del hogar.

Tan dulces razones parecieron reanimar al montañés, que apretó la mano de la niña y volvió á ponerse de pié.

Mas ¡ay! sus fuerzas estaban agotadas por el cansancio, el dolor y la fatiga.

Asiéndose á los arbustos y á los peñascos que se veían á un lado y á otro del camino, fué como pudo llegar ante la gran puerta del castillo, resguardada por un ancho foso lleno de yerba á falta de agua, pero que no por eso defendía menos aquella antigua vivienda.

Sin embargo, por una costumbre hospitalaria de los señores de tan opulenta mansion, el puente levadizo estaba bajado para que pudiesen recogerse en la cocina, ó en el patio, los labradores sorprendidos por la tormenta.

El viajero y Golondrina atravesaron el puente y entraron en el patio, que á la sazón se veía lleno de aldeanos y caballerías.

Todas las miradas se fijaron en aquel hermoso jóven, cuya figura noble y distingui-

da contrastaba de un modo tan singular con su grosero traje.

Algunos aldeanos empezaron á hacer comentarios, y no faltó quien quisiera informarse de Golondrina, tan conocida en los contornos como una de las hermosas ovejas merinas del Sr. Lalande, único propietario del país que poseía algunas cabezas de tan rico ganado.

Entre los que opinaron que lo mejor era salir de dudas por este medio, se hallaba el mismo Sr. Lalande, quien llamó á la muchacha sin ceremonia y con los fueros que le daban su riqueza y su vejez.

—¡Hola, chiquita! le gritó, mientras la traviesa niña media su ligero paso por el lento y vacilante de su compañero; ¡hola, óyeme!

—No puedo ahora, Sr. Lalande, contestó la muchacha mostrando al labrador con una mirada afligida al pobre jóven, que apenas podía arrastrarse, y que, á su pesar, martirizaba el hombro endeble de la niña, apoyándose en él pesadamente á causa de su debilidad.

—¡Caramba! Nos estamos aquí como papanatas en tanto que ese pobre señor no

puede dar un paso; exclamó con la vehemencia de la buena fé un jóven campesino dirigiéndose á sus compañeros.

Y aproximándose al grupo que formaban Golondrina y aquel á quien por un instinto de adivinación habia llamado señor, prosiguió:

—¡Vamos, caballero! aquí estoy yo, que puedo ayudar á V. mejor que Golondrina: apóyese V. en mi brazo sin miedo.

—Y en el mio; añadió otro jóven aproximándose á su vez, y movido por esa chispa eléctrica que se comunica á los corazones buenos al ver practicar una accion caritativa y meritoria.

—¡Gracias, amigos! murmuró con voz débil el desgraciado, apoyándose en los dos labradores.

De este modo llegaron á la cocina del castillo: Golondrina entró delante y se dejó caer sobre la espalda del tio Juan, que, inclinado junto al ancho fogon, daba vuelta con la mayor delicadeza á algunos asadores que sostenian diferentes aves para la cena, pues en el castillo se cenaba, segun la antigua y patriarcal costumbre española.

—¡Eh, ya te conozco, diablillo! dijo sin moverse el cocinero, cuyos cabellos canos estaban cubiertos con un gorro de algodón blanco como la nieve.

—¡Tio Juan! repuso Golondrina con voz baja y suplicante; mire V.

—Ahora no puedo: déjame, que se me van á quemar estas pollas.

—Tio Juan, es que...

—¡Vaya! ¿Quieres algo? ¿Tienes hambre? Espera un poco.

—¡Pero si no es eso!... Es que traemos á un pobre señorito enfermo.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? Exclamó el cocinero dejando el asador, despues de haberlo separado cuidadosamente de la lumbre, y enderezando su obesa figura.

—Digo, tio Juan, repitió Golondrina, que traemos á un señor enfermo.

—¡Traemos, traemos! Tú dices como la mosca, *todos aramos*, y estaba pegada á la nariz del labrador.

—¡Toma! Pues digo bien: porque yo le acompañé desde el cerro del Gavilan hasta aquí, y por cierto que estaba bastante cansada cuando le tomaron Juan y Anton, uno de cada brazo.

—¡Bien, hija, bien! Pero ¿dónde está?

—Allí... ahora le entran... ¿Los ve V.?

—¡Santo Dios, qué descolorido viene! exclamó el honrado cocinero al ver la palidez mortal que cubría, en efecto, el semblante del viajero.—Aquí, añadió alzando la voz: aquí, muchachos, á este banco; y tú, Francisca, calienta al instante un vaso de vino de Jerez.

Estas últimas palabras iban dirigidas á una mujer como de unos cincuenta años, alta, flaca hasta el extremo y pálida, pero cuya fisonomía manifestaba infinita bondad.

Anton y Juan depositaron al montañés en el gran banco de encina, y se apartaron algunos pasos contemplándole con profunda lástima.

El tío Juan le quitó el ancho sombrero, y sus cabellos negros se derramaron como una cascada sobre su cuello y hombros.

—¡Qué fatigado está! exclamó Anton dirigiéndose á Juan.

—¡Ya lo creo! contestó este; no puede abrir los ojos.

—¡Ni alzar la cabeza!

—¡Está muy malo!

—¡Vamos, ánimo, hijo mio! dijo á este tiempo la tía Francisca, con ese cariño de las ancianas buenas que les hace dar el dulce nombre de hijos á todos los jóvenes: ¡ánimo! añadió mostrando á los turbios ojos del viajero un vaso de humeante Jerez con azúcar: ¡esto es capaz de resucitar á un muerto!

Y acercó el vaso á los labios del desgraciado, que bebió maquinalmente.

—Eso es; ¡bueno! exclamó con satisfacción la excelente mujer: ahora, Blas, Toribio, echad en el fogón un haz de sarmientos que levanten una alegre llama.

Blas y Toribio, que eran dos robustos pinches con mandiles blancos, obedecieron á la esposa del cocinero, y muy pronto chisporrotearon los locos y brillantes sarmientos en el ancho hogar.

Reanimado con aquel calor vivificante y fortalecido con el vino que había bebido, abrió los ojos el viajero.

—¿Dónde estoy? fueron sus primeras palabras.

Al oír aquella voz, el cocinero, que había vuelto á cuidar de sus pollas temiendo que la llama las tostase, se volvió presuroso; clavó con afán sus ojos en el pálido sem-

blante del recién llegado, y gritó con ahogada voz:

—¡Francisca... Francisca!... ¡es él!... Es el señorito Máx...

El viajero se puso un dedo en los labios con ademán tan suplicante, que la palabra espiró en los del tío Juan.

—¡San Francisco me valga! gritó á su vez la esposa del cocinero. ¡Bien me lo decía el corazón! ¡Hijo... hijo de mi alma... eres tú!

—Calla... ¡Viene de *ocultis*! dijo el cocinero al oído de su esposa con su robusta voz de bajo.

Francisca calló como por encanto; pero sus ojos, fijos con la mayor ternura en el semblante del joven y llenos de lágrimas, hablaban con mucha mayor elocuencia que las palabras.

—¿Qué tiene V., señor? preguntó el cocinero adoptando de nuevo el lenguaje que hubiera usado con un desconocido.

—¡Cansancio y... hambre! contestó el viajero con tan honda amargura, que todos los presentes se miraron estremecidos.

—¡Hambre! repitió el tío Juan.

Y antes de que sus labios hubiesen articulado esta palabra terrible, ya su mano

había asido una de las doradas pollas que con débil chirrido gemían en el asador, acordándose de los días en que saltaban coquetamente en su corral.

—Blas, un plato, una servilleta y un tenedor; gritó el cocinero.

—¿Qué vas á hacer? Ese alimento fuerte le haría mucho daño, dijo la Sra. Francisca; déjame á mí.

El tío Juan se quedó parado, con la polla asida por una pata, y su esposa entró en un cuarto situado á la derecha de la chimenea, y salió al instante con un tarro de dulce en una mano, y en la otra un hermoso y blanquísimo pan de flor.

Cortó con cuidado una rebanada muy delgada; destapó el tarro, y tomando un cuchillo extendió sobre el pan una capa dorada y jugosa de la aromática conserva.

Luego tomó un pucherito colocado al amor de la lumbre, y vertió su contenido en una taza de plata que puso sobre un plato del mismo metal y presentó al viajero.

Era excelente caldo de nuestra celebrada é inimitable olla española.

Aquel lo bebió dócilmente: despues, la anciana, de cuyos ojos no cesaban de escapar-

se gruesas lágrimas, le presentó en otro plato la suculenta tostada de conserva.

—¡Gracias, madre mia! murmuró el viajero, que devoró al instante la tostada, estrechando la flaca mano de la anciana.

—Chiquilla, ¿no cenas? preguntó el tío Juan dirigiéndose á la Golondrina para separar del viajero la atención general.

La niña, que estaba en un rincón entretenida en tirar de las orejas á un enorme gato, se acercó con presteza.

—Vaya, te voy á dar tu carne y te vas, que ya es de noche y ha cesado la lluvia; añadió el tío Juan, quien de este modo despedía indirectamente á todos los que se hallaban en la cocina.

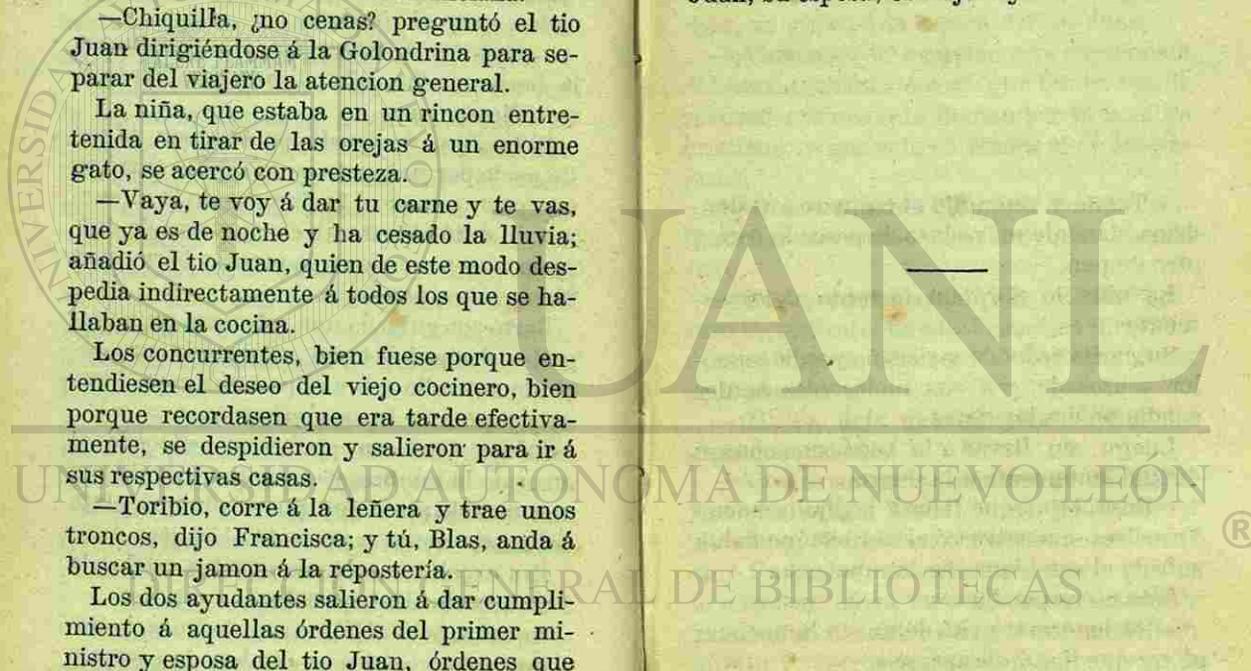
Los concurrentes, bien fuese porque entendiesen el deseo del viejo cocinero, bien porque recordasen que era tarde efectivamente, se despidieron y salieron para ir á sus respectivas casas.

—Toribio, corre á la leñera y trae unos troncos, dijo Francisca; y tú, Blas, anda á buscar un jamon á la repostería.

Los dos ayudantes salieron á dar cumplimiento á aquellas órdenes del primer ministro y esposa del tío Juan, órdenes que

debían ocuparles lo menos una hora, porque así la leñera como la repostería se hallaban al otro lado del jardín.

En la gran cocina quedaron solo el tío Juan, su esposa, el viajero y Golondrina.



La muchacha volvió la cabeza.

—Ven acá, tornó á decir Francisca con ese imperio cariñoso de las madres para sus hijos.

Golondrina, obediente como una corderrilla, se acercó á la esposa del tío Juan.

—¡Vamos á ver! exclamó esta cogiéndola del brazo: ¿es fuerte cosa que nunca has de responder cuando te llaman por tu nombre cristiano, y que solo entiendes el de los pájaros?

—¡No me acuerdo del otro! contestó Golondrina llevando á la boca su pescado frito.

—¡No te acuerdas, eh? ¡Ah, pícara! Figúrese V., señorito, añadió Francisca dirigiéndose al viajero, figúrese V. que esta chica se llama Rosa.

—¡Mujer, deja que se vaya! dijo el tío Juan incomodado.

—¡Qué se ha de ir, hombre de Dios! ¡No ves que es tan tarde... que tiene miedo? ¡Buena paliza le daría el borracho de Perucho! Un pastor, señorito, un pastor que se la encontró entre unas matas una tarde y la recogió: al cuello llevaba este medallón; mirelo V., con una rosa seca dentro; y yo la

## IV.

—Toma, y vete: dijo el cocinero á Golondrina dándole un pedazo de pescado frito y otro de pan.

La niña lo miró un instante dolorosamente.

Su carita redonda y risueña perdió su color sonrosado, y á sus lindos ojos azules acudieron dos lágrimas.

Luego, sin llevar á la boca su cena, se dirigió lentamente á la puerta.

—Rosa, hija, ¿qué tienes? le dijo la buena Francisca, que advirtió el cambio que habia sufrido el semblante de la muchacha.

Esta no respondió.

—¡Golondrina! gritó de nuevo la anciana al ver que iba á desaparecer.

hice bautizar con el nombre de Rosa; pero el pastor, que es un judío, empezó á llamarla Golondrina, y con Golondrina se ha quedado, como si fuese un pájaro.

En tanto que así hablaba Francisca, daba vueltas á un medallon de oro que Golondrina llevaba al cuello, y que encerraba, en efecto, una rosa blanca, seca y rodeada de hojas verdes.

Aquel medallon, de forma elegante, era rico: en el dorso se veia un bucle de cabellos rubios, atados con una cinta azul, en cuyos dos cabos habia escritas con letra muy menuda algunas palabras.

—¡Ah! ¡Es una rosa! exclamó el viajero contemplando con avidez el medallon: ¡una rosa blanca!

Y tomándolo, leyó las inscripciones de la cinta, que decian así:

«Si muero en el mar, que Dios salve á mi hija y la ampare aquella buena alma que la recoja.»

—¡Jesus, lo que vale saber! exclamó Francisca: ya ves, Juan: once años hace que estamos viendo á esta chica, y aún no sabiamos lo que decian esas letras.

—¡Pobre niña! balbuceó el viajero: si

Dios quiere algun dia mejorar mi fortuna, yo la partiré contigo, ya que tienes por patrona una rosa blanca, como yo tenia otra por emblema de mi esperanza.

—Vaya, hija, vete al patio y acuéstate en tu rincon, dijo Juan: ni mi mujer ni yo queremos que vayas á la aldea, porque Perucho es capaz de pegarte por ir tan tarde.

Al oir estas palabras, el gracioso semblante de Golondrina se iluminó como por encanto: la pobre muchacha salió brincando á ocupar su cama, compuesta de dos grandes pieles y una manta.

Aquel miserable lecho se lo habia dispuesto la Sra. Francisca para que lo ocupase las noches de lluvia que no podia volver á San Simon.

—Y ahora que estamos solos, por fin, dijo el viajero á los ancianos esposos, respondedme, por Dios, á lo que voy á preguntaros.

—¡Oh! ¡Qué deseos tan grandes tenia de hablar á solas con V., mi querido señorito! exclamó Francisca, precipitándose hácia el jóven y tomándole ambas manos con un movimiento de cariño elocuente y lleno de pasion: desde que V. entró en la cocina y

antes de que mi cansada vista alcanzase á reconocerle, el nombre de Máximo acudia á mi boca sin saber por qué, y resonaba en mi corazón. ¿Qué ha sido de V. durante ocho años? ¿Cómo lo ha pasado en América? ¿Ha hecho V. fortuna?

—Vengo tan pobre como me fui, mi buena Francisca, contestó con amargura el jóven, quien, según la esposa del cocinero nos ha dado á conocer, se llamaba Máximo.

—¿Será posible! exclamó el tío Juan, en cuya ancha y bonachona fisonomía se pintó un sentimiento de profundo dolor: conque, señorito, ¿no trae V. fortuna que le consuele de?...

Calló el buen hombre no atreviéndose á decir más, y miró á su mujer con aire compungido.

—¿De qué he de consolarme? preguntó Máximo: eso vengo á preguntaros... ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa aquí? ¿Cómo es que he visto á Constanza en uno de los balcones de ese suntuoso palacio, que no existía antes de dejaros yo? Habla, Francisca, tú, que eres casi mi madre, puesto que me has alimentado á tu seno; ¡habla por Dios!

Las angustiosas palabras del jóven obtu-

vieron por toda contestacion un silencio no menos angustioso: dos veces abrió Francisca la boca para responderle, y otras dos sus labios se cerraron sin poder articular un sonido.

En cuanto á su esposo, permanecía con la cabeza caída sobre el pecho, y sumergido al parecer en un abatimiento profundo.

—¿No quereis responderme? continuó el jóven, cuya voz vibraba ya con las inflexiones de la cólera. ¿No quereis sacarme de esta duda que me mata?

—¡Oh, sí sí, señorito! exclamó el buen tío Juan saliendo de su estupor: queremos contestar á V.; pero ni mi mujer ni yo nos atrevemos, porque vamos á causarle un gran dolor.

—No será mayor que el que la incertidumbre me hace padecer... Hablad, pues.

—Ya que V. se empeña, sepa que la señorita Constanza...

—¿Qué?

—Se ha casado.

—¿Se ha casado!

Este grito partió de lo más hondo del corazón de Máximo, que dejó caer los brazos como una persona herida de muerte.

Volvió á cubrirse su semblante de la misma horrible palidez que poco antes le vistiera, y el infeliz tembló como si la fiebre recorriese todo su cuerpo.

—¡Ah! ¡Bien sabia yo que esta noticia seria un golpe mortal para V.! exclamó llorando la buena Francisca.

Después de estas palabras, reinó un profundo silencio en la cocina, en tanto que en el piso superior se oían los acordes de un piano y las alegres risas de una niña.

No obstante, la inmovilidad no podia ser el patrimonio del enérgico carácter que vendia la expresiva fisonomía de Máximo: poco á poco sus mejillas se vistieron de un subido sonrosado, y sus ojos brillaron con el fuego de la calentura, que bastó á sacarle de aquella especie de doloroso embotamiento.

Levantóse y exclamó con ímpetu:

—¿Cuándo se ha casado Constanza?

—Hace cerca de un año, respondió Francisca mirándole con ansiedad.

—¿Con quién?

—Con el marqués de Prado-hermoso.

—¿Vive en ese palacio inmediato?

—Ahora sí, á causa de hallarse su esposo

en muy mal estado de salud: el señor marqués mandó edificar ese palacio un año antes de casarse, para que les sirviese á él y á su esposa de residencia de verano

—Está bien, repuso Máximo con voz profunda; y tomando su sombrero añadió: Juan, Francisca, decidme; ¿podré llegar en poco tiempo á la aldea de San Simón?

—En una hora, señorito, contestó el cocinero; ¿pero cómo ha de ir V. hasta allá estando enfermo y fatigado? Quédese V. en nuestra habitacion hasta mañana.

—¡Yo! exclamó Máximo con honda amargura: ¿yo aquí? ¡ni un instante más puedo ni quiero permanecer!

El buen hombre miró atónito al viajero; pero Francisca, con ese delicado instinto del corazón que solo las mujeres sensibles poseen, comprendió lo que queria decir Máximo, y se acercó al oído de su marido.

—¿Cómo quieres que duerma de favor en nuestra habitacion el que con razon esperaba ser un día nuestro amo?

El tío Juan miró á su esposa, asombrado de su extrema penetracion: en tanto que Máximo, antes de salir de aquel tranquilo

recinto que veía tal vez por postrera vez, paseaba por él una triste mirada.

Nada más alegre que aquella gran cocina, que participaba á la vez de la sencillez campesina y de la suntuosidad de la opulencia.

El pavimento era de ladrillos encarnados, frescos y fregados con esmero cada noche por los robustos puños de Blas el primer ayudante: las paredes, blanqueadas, estaban adornadas por multitud de cacerolas de cobre y estaño, brillantes como el oro y la plata, cuyo color remedan en su humildad de la misma manera que un pobre jóven de delicados instintos procura imitar, con la limpieza de sus botas de cuero, el lustroso y aristocrático brillo del charol.

Una prodigiosa cantidad de vidriado y loza llenaba los vasares, tan limpia y nueva que, al verla, se pensaba con gusto en los manjares que podría contener.

En el centro se veía el hogar, siempre exuberante de vida, por estar alimentado con un alegre y abundante fuego y rodeado de succulentos y apetitosos manjares, y á cada lado dos grandes bancos de madera oscura, destinados en su parte superior á dar asien-

to y abrigo á los cansados caminantes, y en la inferior á servir de techado á dos enormes perros de presa, que, acostados sobre dos gruesas pieles uno junto al otro, y bien alimentados por las manos cariñosas de Francisca y Toribio, el segundo ayudante del tío Juan, dormían todo el día y parte de la noche en amor y compañía.

Nada había allí desarreglado, sucio ó castigado por el descuido y la incuria; en aquel recinto espacioso y ventilado, ni padecía hastío la vista, ni se advertía ese abandono que parece patrimonio inseparable de todas las cocinas de casa grande.

Era un pequeño imperio en que se movían con comodidad, limpieza y exactitud, el monarca, que era el tío Juan, la reina su esposa, sus edecanes Blas y Toribio alegres y serviciales muchachos, y cuatro pinches ó segundos ayudantes, listos y socarrones, pero humildes á la voz de su soberano, y agradecidos á su bondad verdaderamente paternal.

Daba gozo ver al tío Juan con sus pantalones de paño gris, sus zapatos de paño negro doble grandes que sus piés y semejantes á dos barcos, su chaqueton azul hecho de una levita de su amo el padre de Máxi-

mo, General de nuestro ejército durante la guerra, su gorro y su delantal, de algodón, blancos como la nieve.

Era su cara más ancha que larga, y estaba iluminada por dos ojitos negros y semejantes á dos cuentas de azabache: su cutis rubicundo apenas se diferenciaba del color de sus labios gruesos y encendidos, que dejaban ver una ancha dentadura, todavía blanca é igual á pesar de sus sesenta años.

Algunos mechones de cabellos se escapaban de su gorro casi tan blancos como este; y aunque su estatura era pequeña y su abdomen colosal, se movía con tanta ligereza como si hubiera sido muy delgado.

El contraste que con el tío Juan formaba su esposa Francisca, era muy notable: sobresalía la estatura de esta un palmo de la de su esposo; era muy flaca, morena, con ojos azules y cejas blancas, que habían sido de un hermoso color de castaña.

Su elevada frente patentizaba un claro y poco comun talento: su mirada profunda y triste, una extrema sensibilidad; parecía, en suma, que aquella buena y honrada mujer había sido formada por Dios para hacer ver hasta qué extremo puede ser grata la feal-

dad cuando está templada por la dulce expresión de una alma cariñosa y buena.

Llevaba sus cabellos blancos recogidos en tres trenzas muy delgadas; la de detrás de la cabeza estaba recogida con una aguja de plata que remataba por ambos lados en dos rosetas, pues la Sra. Francisca era valenciana: las dos de las sienas pasaban por debajo de sus orejas é iban á unirse con el rodete.

Vestia siempre trage oscuro de indiana un poco corto, con manga plegada y cuerpo liso; pañuelo de merino en el invierno y de seda en el verano, y delantal azul oscuro ó negro, de lanilla, en todo tiempo.

Tales eran las dos personas que daban vida á aquel modesto recinto é imperaban en él como soberanos, pero como soberanos benéficos y paternales.

El tío Juan hacía ya muchos años que no guisaba y que sus funciones estaban reducidas á dirigir, por cuyo cargo tenía el sueldo de ocho reales diarios en el castillo.

Su esposa no había guisado desde su juventud, pues habiendo conocido á Juan de cocinero, muy joven entonces, en casa del padre de Máximo, donde se hallaba en cali-

dad de camarera, se habían casado, siendo desde entonces condimentado su alimento por las hábiles manos de su marido.

Pasaba su vida Francisca con todo descanso: reducíanse sus faenas á asear la habitación conyugal, situada en el patio y cerca de la cocina, á coser su ropa y la de su esposo, y á ayudar á la ama de llaves del castillo á guardar las ricas vajillas de plata y oro el día despues de un gran convite: más aun este cuidado se lo tomaba por su gusto y por su afición al trabajo, pues no teniendo sueldo alguno en el castillo, no se la había impuesto tampoco ninguna obligación.

El tiempo que yo he empleado en diseñar, aunque á grandes rasgos, la cocina y sus habituales moradores, lo empleó Máximo en recorrerla con una tristísima mirada de despedida.

Tan grande era su arrobamiento y tan profundo el dolor en que estaban sumergidos los dos ancianos esposos, que no oyeron una campanilla que sonó en las habitaciones superiores.

La campanilla se oyó un instante despues agitada con más violencia, y bien pronto se escucharon pasos rápidos en la escalera.

—¡La cena para los señores! gritó á la puerta de la cocina la voz del maestra sala.

—¡La cena! repitieron Blas y Toribio penetrando apresurados en la cocina.

Casi al mismo tiempo entraron dos lacayos cargados con pilas de fuentes de porcelana, con asas de plata, que fueron colocado en una larga mesa sin pronunciar una sola palabra.

Máximo iba á salir; pero temeroso sin duda de ser conocido, se contuvo y se caló el sombrero hasta las cejas.

—Tío Juan, por Dios, que S. E. está malo: haga V. servir al instante, dijo con deferencia y casi con respeto uno de los lacayos, sin llamarle la atención la austera figura del montañés, pues estaba habituado á ver continuamente huéspedes en la cocina.

—¡Toribio! ¡Blas! gritó el cocinero con su robusta voz de bajo; subid al instante la sopa de almendra y la compota para S. E.

—¿Y las señoritas? preguntó Blas.

—Al mismo tiempo subid las verduras, las ensaladas, los pescados; pero ante todo S. E., ¡oh, Dios mio... será que vayamos á perderle! añadió en voz queda y con hondo dolor el tío Juan.

—¡Adios, nodriza! dijo entonces Máximo en voz muy baja.

—¿Se va V. sin saber las novedades que hay arriba, señorito? dijo la buena Francisca: hay gente nueva... dos señoritas sin padre ni madre...

—Ya sé lo que necesitaba saber, mi buena Francisca; adios.

—Pero ¡Dios mio! ¿á dónde va V. á parar? Yo quiero saberlo. ¿Dónde podré buscarle?

—¡No lo sé, repuso Máximo, no lo sé! ¡Adios, adios, mi querido Juan!

—¡Piense V. en que le queremos como á un hijo, señorito! dijo el cocinero al ver que ya se habian retirado los criados: aquí estamos para todo lo que se le ofrezca.

Máximo no contestó á estas palabras, ni quizá las oyó; lanzóse al camino y trepó á la punta saliente de una roca.

—¡Adios! exclamó con un ahogado sollozo que no pudo contener: ¡adios, sitios en que tan bellos dias he pasado, y en los cuales creí habitar en tiempo más feliz!

Bajó, dichas estas palabras, y emprendió su penoso camino alumbrado á intervalos por la pálida luz de la luna, que se escapaba de nuevo de entre negras nubes.

V.

Los dos ayudantes del tio Juan subieron los manjares, que componian la cena, hasta un hermoso comedor situado en la parte del mediodía de la casa: á la puerta del comedor, tomaban los platos dos lacayos, los collocaban en una mesa dispuesta para trinchar, y despues los pasaban á los comensales, bajo la presidencia del maestresala que dirigia el servicio.

La ancha escalera de piedra del castillo conducia á un espacioso vestíbulo adornado con cuadros pintados al óleo en madera, de raro mérito y de remota antigüedad.

Pasábase luego á un recibimiento con honores de salon por su anchura y la inmensa elevacion de sus techos.

—¡Adios, nodriza! dijo entonces Máximo en voz muy baja.

—¿Se va V. sin saber las novedades que hay arriba, señorito? dijo la buena Francisca: hay gente nueva... dos señoritas sin padre ni madre...

—Ya sé lo que necesitaba saber, mi buena Francisca; adios.

—Pero ¡Dios mio! ¿á dónde va V. á parar? Yo quiero saberlo. ¿Dónde podré buscarle?

—¡No lo sé, repuso Máximo, no lo sé! ¡Adios, adios, mi querido Juan!

—¡Piense V. en que le queremos como á un hijo, señorito! dijo el cocinero al ver que ya se habian retirado los criados: aquí estamos para todo lo que se le ofrezca.

Máximo no contestó á estas palabras, ni quizá las oyó; lanzóse al camino y trepó á la punta saliente de una roca.

—¡Adios! exclamó con un ahogado sollozo que no pudo contener: ¡adios, sitios en que tan bellos dias he pasado, y en los cuales creí habitar en tiempo más feliz!

Bajó, dichas estas palabras, y emprendió su penoso camino alumbrado á intervalos por la pálida luz de la luna, que se escapaba de nuevo de entre negras nubes.

V.

Los dos ayudantes del tio Juan subieron los manjares, que componian la cena, hasta un hermoso comedor situado en la parte del mediodía de la casa: á la puerta del comedor, tomaban los platos dos lacayos, los collocaban en una mesa dispuesta para trinchar, y despues los pasaban á los comensales, bajo la presidencia del maestresala que dirigia el servicio.

La ancha escalera de piedra del castillo conducia á un espacioso vestíbulo adornado con cuadros pintados al óleo en madera, de raro mérito y de remota antigüedad.

Pasábase luego á un recibimiento con honores de salon por su anchura y la inmensa elevacion de sus techos.

Allí se abrían muchas puertas; pero como ahora nos dirigimos al comedor, nos abstendremos de recorrer las demás habitaciones del castillo.

Una de las puertas del salón conducía á una estancia octógona, en cuyo centro, y sentados en derredor de una mesa ovalada, podremos ver á todos los individuos de la familia señorial del castillo.

El duque de la Estrella, anciano septuagenario, era el jefe de ella: estaba sentado á la cabecera de la mesa, y le rodeaban tres encantadoras criaturas.

Era el duque de elevada estatura, y se conocía que en tiempos no muy remotos había sido también robusto y grueso; mas á la sazón se hallaba espantosamente demacrado á causa de crueles padecimientos físicos: un cáncer en el estómago le consumía lentamente hacia muchos años, y solo la excelencia de su temperamento le conservaba aún la vida, si vida puede llamarse una existencia débil y llena de dolores.

Era su cabello escaso y cano; su tez blanca y pálida; sus ojos claros, serenos y dulces, pero hundidos por el dolor bajo sus cejas canas y poco pobladas.

Su ancha frente, cruzada de profundas arrugas, retrataba la inteligencia y la bondad: su nariz larga y su boca fina tenían un sello singular de grandeza y distinción: á pesar del cruel estado de su salud y de su mucha edad, el duque vestía con esmero: un pantalón de medio color, chaleco gris y frac color de castaña componían su traje, que se quitaba al levantarse de la mesa para envolverse en una bata de terciopelo y encerrarse en su cuarto, donde, recostado en un ancho sillón, veía acabarse rápidamente su vida.

Á su derecha, estaba sentada una niña de trece años, cuyo cabello casi rojo hacía un alegre contraste con sus ojos color de pizarra con vetas negras.

Esta niña, cuyo nombre era Victorina, comía mucho, hablaba más, y se movía sin cesar en su silla.

Era nieta del duque, la última hija de su hijo único, muerto, lo mismo que su esposa, hacia algunos años, y hermana de Constantza, la joven habitadora del palacio, cuya vista hizo tan honda impresión en el viajero.

Llevaba un vestido de seda de color de

lila, con una gran pañoleta de la misma tela, orlada de encaje negro.

Sus cabellos, muy espesos y cortados, guarnecían su frente con numerosos bucles de un color encendido y agradable; pero era tal la fuerza de aquella rizada cabellera, que se enrollaba sobre su frente formando como un turbante natural y brillante, y dejando descubiertas sus sienes, de una alabastrina blancura.

Victorina era no muy alta, y gruesa para su edad: sus manecitas blancas y redondas formaban muchos hoyos, y sus dedos cortos acababan en una uña afilada y de color de rosa.

El que hubiera levantado el largo mantel de Alemania que cubría la mesa, hubiera visto sus piernas, cubiertas con un pantalón de batista con volantes de encaje blanco, y sus pequeños piés, calzados de raso turco, mecerse sin cesar y con un movimiento rápido é incansable.

Enfrente del duque y de Victorina había sentadas otras dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años de edad.

Eran hermanas, según lo atestiguaba ese parecido que se llama *aire de familia* y que

se revela en los movimientos mucho más que en las facciones.

Sidonia, la mayor, era blanca, con cabellos castaños y ojos negros: era extrema la sensibilidad de su mirada, y muy dulce la expresión de su sonrisa: algunas señales de viruelas injuriaban su rostro de un óvalo perfecto: su nariz, algo levantada, y su boca grande, la alejaban mucho de la perfección; pero era tal la bondad y la dulzura que estaban escritas en aquel semblante, que hacían olvidar todos sus defectos.

Una rara expresión de mesura y de prudencia era lo que más resaltaba en ella y lo que la atraía el cariño instantáneo de cuantos la miraban, pues es bien sabido que, cuando la fortaleza del ánimo va unida á la sensibilidad del corazón, son muy pocos los seres que se libentan del ascendiente que ejercen.

Su estatura era alta y esbelta: largas y finas sus manos, flexible su talle y pequeño y corvo su pié.

Vestia un traje de merino gris con botones y lazos de terciopelo turquí; cuello estrecho y liso de azulada blancura, y puños

estrechos, como el cuello, que volvian sobre la manga de su vestido.

Su hermana se llamaba Genoveva; era ménos alta que Sidonia y más corpulenta; su tez morena era rosada y fina; en sus negros ojos brillaban la vanidad, la petulancia y el afán de dominar: reía con frecuencia, pero siempre tan burlescamente, que aparecía mucho más simpática la dulce gravedad de su hermana que su insolente alegría.

Su traje era más vistoso que el de Sidonia, y al mismo tiempo más lujoso y elegante, aunque menos adecuado á la hora: una bata de tela de seda fuerte, de fondo azul claro con flores blancas y follaje verde, se escotaba en su pecho con poco decoro: las mangas de su traje, huecas y bastante cortas, dejaban ver debajo otras de gasa blanca, recogidas en la sangría con lazos azules; á cada lado de su frente, lucía un copioso grupo de sortijillas rizadas, hechas con sus cabellos cortados.

Los criados pusieron delante del duque una sopa de almendra hecha muy clara y con el mayor esmero, y sirvieron á las jóvenes pollos, trinchados con el más raro primer, y cuyo asado habia sido objeto de

la exquisita vigilancia que hemos visto desplegar en la cocina al viejo y excelente Juan.

Victorina y Genoveva empezaron á comer con apetito, en tanto que el duque, inmóvil, con los ojos casi cerrados y los labios comprimidos, parecia ocuparse en dominar un agudo dolor.

Sidonia, que conocia el juego de aquella fisonomía venerable, le contemplaba con dolor y sin tocar á su plato.

—¿No comes? le preguntó Victorina, que estaba muy lejos de comprender hasta dónde llegaban los padecimientos de su abuelo.

Sidonia no respondió.

—Esta cree que se hace así más interesante, dijo Genoveva con acento burlesco; pero, añadió, ¿á quién piensas interesar aquí con tus dengues?

Tampoco dió la joven respuesta alguna á estas mordaces palabras, y siguió mirando al anciano con creciente angustia.

—¿Cuando nos iremos á Madrid, abuelito? exclamó Victorina sin dejar de comer y sin mirar al duque. Genoveva dice que es muy hermoso y que esto parece un desierto.

—Genoveva hace muy mal en decirte eso,

querida mia, dijo Sidonia saliendo al fin de su arrobamiento doloroso y mirando severamente á su hermana.

—¡Bah! ¿Ya te pones sentimental? exclamó la imprudente jóven con una carcajada: se lo digo porque es verdad; ¿qué hacemos aquí? ¿En qué nos divertimos? Victorina y yo en vestirnos y desnudarnos cinco ó seis veces al dia para probar el efecto de nuestros trages: tu en rezar, leer y llorar; como no te dé por coger la aguja y coser como una labriega.

—Es lo que debo hacer, hermana, y lo que debias hacer tú tambien, contestó Sidonia en voz baja y contenida: que haga todo eso Victorina, nadie puede llevarlo á mal, porque es una niña de trece años, y además una rica heredera; pero que lo hagas tú, que ya has cumplido diez y ocho y que eres un pobre huérfana sin más amparo que el que esta casa te concede, es una cosa muy culpable.

—¿Y quién me culpará? ¿Los grajos que tienen sus nidos en estas peñas? ¿Nuestros criados, ó los palurdos que habitan la cercana aldea de San Simon?

—Nosotras *no tenemos criados* que nos

puedan culpar, observó Sidonia; pero acabemos la cuestion, hermana, puesto que, por más que me esfuerzo, no puedo hacerte comprender nuestra verdadera posicion.

Sidonia acabó de pronunciar apenas estas palabras: habia visto perder el color al anciano duque y vacilar á este en su asiento, y se levantó con tal precipitacion de la mesa para acudir á su socorro, que derribó una gran parte del servicio que tenia delante.

—¡Pues! eso es! dijo Genoveva; ¡el diablo predicador! ¿He hecho nunca, por ventura, un estrago como este? ¡Si lo hubiera hecho, pobre de mí!

La jóven no oyó las palabras de su hermana: ocupábase en sostener la cabeza del duque y aplicar á su helada nariz un frasquito de sales que sacó de su bolsillo.

—¡Vaya V. al instante á buscar á D. Venancio! dijo Sidonia dirigiéndose á uno de los criados que servian, y que azorados, como el maestresala, no sabian qué hacer ni á donde acudir: vaya V. al instante!... Ha dicho que iba á San Simon á ver al señor cura... vaya V. á caballo, y lleve otro de la brida para que monte en él D. Venancio.

—¿Has visto qué buena traza se da mi

hermana para dar órdenes y hacer de señora, á pesar de su modestia y humildad? observó malignamente Genoveva al oído de Victorina.

—¿Pero qué ha de hacer si tú no vales para ello, ni yo tengo edad para mandar? respondió la niña, cuya índole era generosa y buena á pesar del constante mal ejemplo que le daba Genoveva.

Esta no respondió: llenó sus bolsillos de dulces secos de los que habia en la mesa, y empezó á tararear una cancion muy de moda entonces y que ella tenia entre sus papeles de música, acompañando su melodía con el choque de su cuchillo y de su vaso.

—¡Mi abuelito está malo! observó tímidamente Victorina, que temblaba ante los bruscos arranques y las mordaces burlas de Genoveva.

—¡Calla! dijo Sidonia á su hermana en tono severo.

Mas está, como si nada hubiera oído, continuó su cancion con acompañamiento.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Esto no se puede sufrir, exclamó Sidonia echando sobre su hermana una mirada de desesperacion, en tanto que por sus mejillas resbalaban lá-

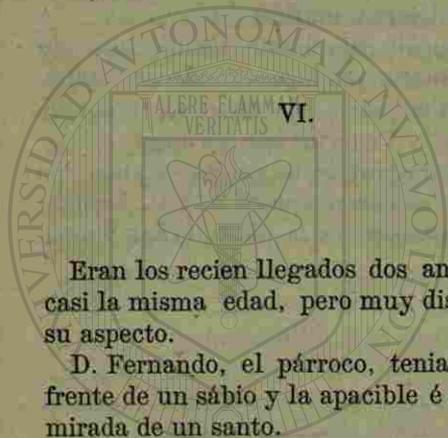
grimas de cólera; ¿qué he de hacer contigo, hermana? ¿Cuándo querrás entrar en razon? ¡Ah! ¡me matas!

—¡Bah! ¡Bah! ¡Pamplinas! contestó Genoveva sin dejar su música.

—¡Silencio! dijo á este tiempo una voz grave y fuerte que hizo enmudecer á todos.

Sidonia se volvió con alegría, Genoveva con enojo, y Victorina con sorpresa.

En el umbral de la puerta estaban don Venancio médico del castillo, y D. Fernando cura párroco de la aldea de San Simon.



Eran los recién llegados dos ancianos de casi la misma edad, pero muy distintos en su aspecto.

D. Fernando, el párroco, tenía la ancha frente de un sábio y la apacible é inspirada mirada de un santo.

Era de estatura mediana, corpulento sin ser grueso, y benigno sin ser débil: podría contar sesenta y seis años.

Dos menos contaba D. Venancio; era alto, muy delgado, austero y silencioso: sin embargo, el apasionado cariño, que profesaba al duque y á toda su familia, modificaba mucho la severidad de su carácter.

D. Venancio debía al duque de la Estre-

lla su carrera y su bienestar: hijo de padres nobles, pero pobres, nunca hubiera podido llegar á la altura inmensa en que se hallaba colocado en el mundo de la ciencia, á no ser por la amistad verdaderamente fraternal que debía al duque, y que pagaba á este con el más apasionado cariño y con la adhesión más heróica.

Así fué que cuando el duque le preguntó si sus padecimientos podrian tener alivio en aquel castillo solitario y lejos del bullicio de Madrid, le contestó afirmativamente y se ofreció á partir con él su soledad.

Nueve años hacia que ambos amigos se habian sepultado entre aquellas rocas en compañía de Constanza y Victorina, de diez y seis años entonces la primera y de cuatro la segunda: en tan largo espacio de tiempo, ni un solo dia de descanso ó de quietud habia tenido el duque; pero la profunda ciencia de su amigo y el constante estudio que él mismo habia hecho de aquel mal pertinaz, habian contenido sus estragos, que no por ser más lentos eran menos seguros.

Pudiera decirse que D. Venancio habia consagrado su vida entera al cuidado y ali-

vio de su amigo: por acompañarle, había renunciado á la brillante posición que obtenía, no solo en Madrid, sino también en París, Londres, Viena, Lisboa, Berlín y otras cortes extranjeras, en las cuales era admirado y remunerado generosa y espléndidamente su profundo saber.

En cuanto al duque, era demasiado claro su talento para que se le pudiese ocultar que el término de su vida estaba decretado para en breve y que su enfermedad era mortal.

Como un beneficio agradecía á su amigo cada día de vida que le daba, porque no hubiera querido abandonar la tierra hasta dejar asegurada la suerte de sus queridas nietas y de otro ser á quien amaba tanto como á estas.

Este ser era Máximo.

Dos años antes de la época en que yo he dado principio á esta historia, abrió las puertas de su casa á Sidonia y Genoveva, huérfanas de un valiente marino y de una mujer angelical que no había podido sobrevivir á su esposo.

Su padre, casado muy joven y sin los requisitos que previene la ley, nada pudo de-

jar á su viuda ni á sus hijas; y á la muerte de aquella, acaecida un año después que la de su esposo, las dos niñas, de ocho años en aquella época, pasaron á poder de su anciana abuela, que cinco más tarde murió también dejándolas en una segunda y más dolorosa orfandad.

La abuela de las niñas había sido amiga de infancia de D. Venancio; y este, conociendo que la enfermedad del duque no podría hacer por entonces grandes progresos, marchó á Madrid para ver si podía aliviar á aquella excelente anciana, que exhaló en sus brazos el último suspiro recomendándole á sus nietecitas.

D. Venancio quería volverse al lado del duque, y no supo cosa mejor que hacer de las niñas que llevárselas también.

Durante el camino, Sidonia iba triste y llorosa.

Genoveva cantaba pensando que iba á ver uno de aquellos castillos que había hallado en las novelas que devoraba á escondidas de su anciana abuela.

En cuanto á D. Venancio, obraba con las dos jóvenes según su gran talento y su carácter grave le aconsejaban.

Consolaba á Sidonia blandamente, é imponía silencio de vez en cuando á Genoveva con firmeza y seguridad.

Hé aquí explicadas ligeramente las relaciones que unían á los habitantes del castillo, personas muy interesantes de esta historia.

Fáltame solo decir que el párroco de San Simon, D. Fernando, se habia captado todas las simpatías del médico y del duque, por su bondad, talento y conducta evangélica con sus feligreses.

En cuanto á las dos huérfanas, se habian conducido segun podia esperarse de sus diversos caracteres.

Sidonia, dulce, agradecida, modesta y prudente, era un ángel que no podia menos de hacerse querer de todos cuantos la rodeaban; así, pues, el duque adoraba en ella, y mucho más desde el casamiento de su nieta Constanza con el marqués de Prado-hermoso un año hacia.

Genoveva, atrevida, ingrata, insolente y discola, se habia complacido en viciar todo lo posible, con su ejemplo y consejos, la excelente índole de la niña Victorina.

En el primer año de su estancia en el cas-

tillo, habia alimentado una extrema envidia hácia Constanza.

Se preguntaba á sí propia por qué aquella jóven, que solo poseía una belleza *bastante mediana*, habia sido dotada por la suerte de noble cuna é inmensas riquezas: en tanto que ella, que se reconocía *superiormente hermosa*, era pobre y tenia que vivir al amparo de aquella misma Constanza.

Estos envidiosos sentimientos no habian impedido, sin embargo, que procurase imitar el lenguaje, los hábitos y hasta el modo de vestir de la opulenta heredera.

En tanto que ella se entregaba á culpables desvarios, su hermana Sidonia, penetrada de gratitud hácia los favores del duque, nada perdonaba para demostrarle su ternura y respeto.

Desde los primeros dias de su estancia en el castillo, se habia encargado de la educacion de Victorina, que, por tener solo once años y carecer de madre, no la habia empezado todavía.

Sidonia la enseñó á coser, bordar, hacer flores, dibujar medianamente, y cantar al piano algunas canciones fáciles, pero de mucho gusto.

La pobre huérfana no podía hacer otra cosa, porque nada más sabía: toda su instrucción era obra de su afición al trabajo, porque todas vosotras sabéis, lectoras mías, que adelanta mucho más con menos elementos la que tiene afición á instruirse y á trabajar, que aquella á quien todo le sobra y está rodeada de maestros, si, por desgracia suya, huye con tedio las lecciones que se le prodigan.

—Tu eres el aya de Victorina, solía decir á su hermana, llena de enfado, la presuntuosa Genoveva.

—¿Qué mal hay en ello? respondía con su grata sonrisa la suave Sidonia.

—¿Qué mal? exclamaba con desden Genoveva; que si hubieran vivido nuestros padres, no te hubieran dado por cierto ese destino.

—Pero como Dios se ha servido llamarlos á sí, hemos venido á depender de la generosidad de unas personas extrañas, á las cuales debemos mostrar nuestra gratitud por cuantos medios estén á nuestro alcance.

—¿Y no te pesa el odioso cargo de maestra de esa chiquilla?

—¡No por cierto! La niña aprovecha mis

pobres lecciones supliendo su inteligencia lo que falta á mi capacidad, y me ama, que es lo que más deseo.

—Pues si tanto afán tienes de ser querida, no deben sentarte muy bien los desdenes de esa orgullosa Constanza.

—Conmigo no está desdenosa, hermana: contigo sí; pero es porque ha conocido que tienes prurito de imitarla y de hacerte su igual.

—¿Querrás que crea que contigo está amable? ¡Si jamás habláis una palabra!

—Es cierto: yo no la incomodo con mis preguntas; soy con ella atenta y servicial, y nada más.

—¡Sí! ¡Y te levantas cuando entra donde tú estás!

—Ese es mi deber, y también el tuyo: nosotras, Genoveva, no somos iguales á la señorita Constanza. Dios ha colocado su sitio en el mundo algunos escalones más alto que el nuestro, y la caridad la enaltece más todavía: de nobles es el agradecer; y de débiles la envidia y la impaciencia, y el que ansia un lugar más elevado del que el Señor de todo lo criado le ha concedido, caerá en el abismo como el ángel Luzbel.

Por estas conversaciones podreis comprender, mis amados lectores, cuál era el carácter de las dos hermanas y cuánto se diferenciaban entre sí.

Cuando Constanza, olvidando el sagrado compromiso que tenía contraído con otro hombre, dió oído á las amorosas insinuaciones del marqués de Prado-hermoso, la rabia de Genoveva subió de punto: ansiaba su corazón no amar, como todas las jóvenes hemos ansiado á su edad, como ansiáis vosotras, mis lindas lectoras, aunque conteis alguna menos; ansiaba el brillo del gran mundo, el lujo, la pompa, los carruajes, la servidumbre, y todo esto iba á poseerlo aquella aborrecida Constanza, en tanto que ella, tan linda, tan fresca, tan coqueta, quedaba en aquel viejo castillo sin más admiradores de sus gracias que el anciano duque que no la miraba, y el adusto médico que la miraba con terrible enojo.

Sin embargo, Genoveva, como todas las naturalezas, sean malas ó buenas, pero que están dotadas de energía, tomó pronto su partido; se propuso ocupar, si no en todo, al menos en cuanto pudiera, el lugar de Constanza en el castillo.

Inútil es decir que este lugar no podía ocuparle en el corazón del duque, que idolatraba á sus nietas y conocía todos los defectos de la imprudente jóven; pero al menos le ocupaba en lo posible, remedando á aquella en su modo de vestir y en su arrogancia, y más de una vez temió Sidonia verse privada con su hermana, por las imprudencias de esta, del asilo protector que la caridad les había abierto.

Este temor era, sin embargo, infundado: era tanta la nobleza, la generosidad del anciano duque, que ni por un solo instante se le había ocurrido el pensamiento de arrojar de su casa á aquellas dos desgraciadas criaturas. . . . .

El anciano caballero fué trasportado á su lecho, y sangrado en seguida por D. Venancio en cuyo rostro se pintaba un profundo dolor.

El párroco se sentó á la cabecera y Sidonia á los pies del lecho, consolando en voz baja y dulce á Victorina que lloraba.

Pocos momentos despues de habérsele hecho la sangría, abrió al duque los ojos, llevó

al pecho una manó, y dejó escapar ún quejido.

—Victorina... ¡hija mia!... llama al doctor, balbuceó con voz débil y angustiada.

—Aquí estoy, mi querido amigo, aquí estoy, dijo D. Venancio acercándose al lecho.

—¡Ah, bien! ¡Quiero que nos quedemos los los dos! repuso el anciano dando muestras harto visibles de un sufrimiento desgarrador.

—Está aquí D. Fernando, objetó el médico.

—¿Ha venido? ¡Bendito sea Dios! exclamó el anciano con alegría. — Y luego añadió volviendo á su acento angustioso:—Que se quede D. Fernando, y que se vayan esas pobres niñas.

D. Venancio, sin hablar y con el gesto severo que le era habitual, señaló la puerta á Sidonia y Victorina, que salieron enjugándose las lágrimas.

—Ya estamos solos, dijo el médico, que hacia vanos esfuerzos por contener la emocion que le ahogaba.

—Bien... Ahora, amigo mio, prométeme responderme la verdad á lo que voy á

preguntarte, dijo el duque, que hacia algunos instantes se habia animado algun tanto.

—Lo prometo, respondió el doctor pero ¿á qué viene...?

—Necesito saber toda la verdad... así, dime, doctor... ¿cuánto tiempo me queda de vida?

Reflexionó profundamente el doctor antes de contestar: luego se acercó al enfermo, tocó las cavidades de su pecho, examinó sus ojos hundidos, y contestó con voz trémula, á pesar de su fortaleza:

—¡Diez dias!...

—¿Nada más?

—¡Ni uno más!...

Y D. Venancio, despues de pronunciar con gran esfuerzo estas palabras, se dejó caer en un sillón y sepultó su semblante entre las manos.

—¡Es más de lo que yo pensaba!... ¡Gracias, Dios mio! dijo el duque alzando al cielo sus turbios ojos.

—Oiga V., señor cura; oye, amigo mio, continuó el duque, cuyo semblante habia ido tranquilizándose un poco: es preciso que yo les hable de una cosa tan secreta has-

ta hoy, que solo Dios, otra persona que ya no existe y yo la sabemos.

Los dos ancianos se acercaron al lecho.

El duque se incorporó y se dispuso á hablar; pero de súbito palideció horriblemente, tembló todo su cuerpo, desencajáronse sus ojos, y se desplomó sobre las almohadas presa de horribles convulsiones.

—¡Ah! ¡es la muerte! ¡La muerte, que viene más aprisa de lo que yo la esperaba; murmuró D. Venancio con angustia, al mismo tiempo que sostenia entre sus brazos el cuerpo del anciano, que se destrozaba entre violentas convulsiones en su magnifico lecho esculpido.

Poco á poco se fué calmando aquella violenta crisis; pero al querer hablar el pobre enfermo, le faltó la palabra á causa de su extrema debilidad.

No obstante, hizo un esfuerzo, y buscó debajo de sus almohadas algun objeto.

—¿Quiere V. algo? le preguntó con dulzura el sacerdote.

—¡Sí! ¡sí! ¡una llave... una llave...!

—Aquí está, dijo el doctor sacándola de entre las ropas.

—Pues bien... esa llave es la de aquella

papelera que está allí, dijo el duque señalando un magnífico mueble de ébano con relieves y remates de bronce: dentro de ella hay un cofrecito de plata... que contiene un paquete de papeles sellado con lacre negro... Cuando yo muera... abridlo en presencia de mis nietas... de un notario y de cuatro testigos, cuyos nombres hallareis escritos en un papel separado y que se halla tambien dentro del cofrecito...

—Se hará como lo deseas, dijo D. Venancio; pero ahora, añadió acercando á los marchitos labios del duque una cucharadita de un licor dorado que vertió de un frasco de oro que llevaba en el pecho, ahora, toma esto y descansarás.

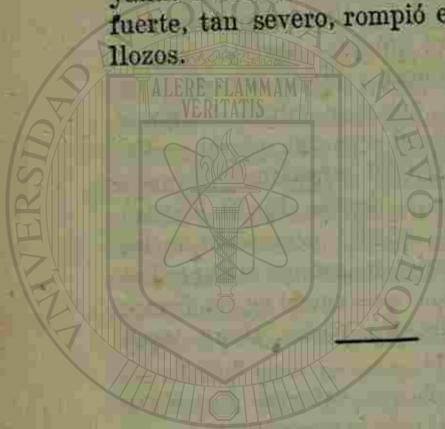
El duque tragó con esfuerzo la pocion benéfica que su amigo le presentaba.

Un instante despues, cerró los ojos, hizose su respiracion casi igual y tranquila, y se durmió profundamente.

—¡Duerme! dijo el médico contemplándole con hondo dolor: ¡duerme, mi noble bienhechor, mi idolatrado amigo! ¡Duerme, pobre mártir, y pluguiese al cielo dejarte morir sin despertar!

Tomó, al decir estas palabras, la enfla-

quecida mano del anciano, que salía de entre una nube de encajes y batista: la besó dos veces con infinito amor, y despues, apoyando en ella su frente, aquel hombre tan fuerte, tan severo, rompió en amargos sollozos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

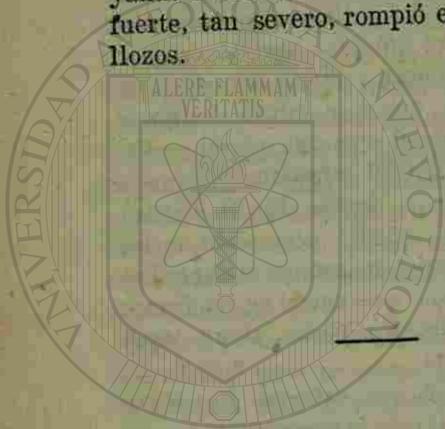
Niña mia, si eres una inocente lectora la que tienes mi libro en la mano; niña mia, ¿has visto alguna vez una pequeña aldea de esas que parecen una paloma blanca que ha detenido su vuelo en medio de los campos?

¿Verdad que es bonita la vista que presenta á las diez de una mañana de Febrero, cuando ya el sol calienta las secas ramas de los árboles y los pajaritos se posan en ellas cantando con alegría?

¿Y sabes tú lo que canta la alada tropa? ¿No? Yo te lo diré: yo, que he amado siempre mucho más el campo que las ciudades, y que he sido amiga, desde que nací, de los pajarillos.

Quando yo era niña pequeña, y aun cuan-

quecida mano del anciano, que salía de entre una nube de encajes y batista: la besó dos veces con infinito amor, y despues, apoyando en ella su frente, aquel hombre tan fuerte, tan severo, rompió en amargos sollozos.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

VII.

Niña mia, si eres una inocente lectora la que tienes mi libro en la mano; niña mia, ¿has visto alguna vez una pequeña aldea de esas que parecen una paloma blanca que ha detenido su vuelo en medio de los campos?

¿Verdad que es bonita la vista que presenta á las diez de una mañana de Febrero, cuando ya el sol calienta las secas ramas de los árboles y los pajaritos se posan en ellas cantando con alegría?

¿Y sabes tú lo que canta la alada tropa? ¿No? Yo te lo diré: yo, que he amado siempre mucho más el campo que las ciudades, y que he sido amiga, desde que nací, de los pajarillos.

Quando yo era niña pequeña, y aun cuan-

do era como tú una alegre y sonrosada adolescente, iba por el invierno todas las tardes á la orilla del río á llevar trigo y pan á los pajarillos que se morían de hambre en los árboles cubiertos de nieve.

El río estaba tan helado que parecía de cristal: sobre sus ondas inmóviles y congeladas dejaba yo mis provisiones, y los pájaros y las palomas torcaces bajaban gozosos á disfrutar del abundante banquete que yo les había preparado.

Luego se marchaban cantando:—¡gracias, gracias! ¡Ya hemos comido hasta mañana!

En los días que salía el sol, me ponía yo mi manteleta de pieles y me iba temprano á disfrutar á mi vez de la alegría de los pajarillos como de un banquete para el alma; ellos exhalaban su gozo con armoniosos trinos, en los cuales yo entendía estas palabras:—¡venid flores, venid! ¡venid, hermosos días de la primavera, á vestir á los árboles sus ropajes verdes!

Estas mismas palabras cantaba la alada tropa en la mañana del día primero de Febrero: danzaban los gorriones de rama en rama dándose picotazos, sobre si tú has desentonado, ó si canto mejor yo, y la Go-

londrina, como de la familia, los miraba riéndose á carcajada llena y con la mayor franqueza.

La alegre niña estaba tan embebida viendo los bailes de sus hermanos los pájaros, que no oyó unos pasos que sonaban á su espalda y que venían de la aldea, que, cual una ánade saliendo de su nido, se elevaba á lo lejos con sus casas desiguales, de cuyas blancas chimeneas salían columnas de azulado humo.

De repente un tremendo pescozon la hizo retroceder algunos pasos, y la pobre niña adivinó, sin volverse, quién era la persona que la saludaba de tan brutal manera.

Perucho, el pastor que la había recogido de entre las peñas, la había visto salir de su casilla de madera, y la había seguido para castigarla por su poca afición á estar en casa.

—¿Qué haces aquí, picarona? le preguntó el pastor, que era un hombre de fisonomía desagradable y casi idiota: ¿así se gana la vida? ¿Crees acaso que eres alguna señorona como las del castillo, que no tienen más que hacer que comer y pasarse?

—Es que, mi amo, iba al castillo á ver si

me daba de almorzar el tío Juan, respondió la muchacha, que se había recobrado de su susto y desviándose con temor.

—¿No tienes pan en casa?

—¡No me gusta el pan negro y áspero que V. come!

—Te saben mejor los trozos de carne y el pan blanco que te da ese viejo loco de cocinero, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—Pues yo te enseñaré á que te contentes con lo que como yo; y aun eso es demasiado bueno para tí, ¡galopina! ¡A casa!

Y Perucho acompañó estas palabras con tan tremendo empujón que hizo correr tres ó cuatro pasos á la niña.

Esta emprendió el camino de la aldea, y llegó con Perucho á una casilla de paja y tierra que habitaba el pastor á la entrada del pueblo.

Perucho siguió su camino hácia Toledo, donde vivía su amo.

La pobre Golondrina se sentó sobre el fogn de yeso que había en la misera y pequeña cocina, situada al nivel del patio, y se puso á llorar.

Había en aquella criatura algo de noble

y decente que chocaba en su miserable estado, y que le hacía huir con horror de la habitación y de la presencia del pastor.

Rosa correspondía bien á su dulce nombre; era alegre, bonita, y tenía un perfume de nativa y exquisita delicadeza.

Amaba el castillo, aunque no conocía de él más que á los habitantes de la cocina: los de las antecámaras eran ya para la pobre niña sujetos de demasiado elevada gerarquía.

En cuanto al duque, á sus nietas, al doctor y á las dos huérfanas, solamente los había visto cuando se paseaban por los campos, ya á caballo, ya á pié.

Es verdad que la buena, la dulce Sidonia y la graciosa Victorina la besaban cuando la veían sentada en algun sendero ó corriendo detrás de los pájaros; y aun hubo una ocasión en que Sidonia la llamó desde lejos, la abrazó y le puso en la mano un cucurucho de dulces atado con una cinta de color de rosa como sus mejillas.

Desde aquella tarde guardaba Rosita una tierna é imborrable memoria: excepto las caricias algo rudas de la buena Francisca, ninguna otra había recibido en su vida.

Algunos minutos hacia que Golondrina

lloraba con su rosada carita cubierta entre los mezquinos pliegues de su delantalillo, cuando se oyeron pasos precipitados, y una mujer bastante obesa entró en la cocina.

Golondrina descubrió su semblante y miró sorprendida á la recién llegada.

Era una mujer de cincuenta y cuatro á cincuenta y seis años, sana, encarnada, y vestida con mucho aseo.

Una falda algo estrecha de cúbica color de pasa, un jubon de merino negro y un pañuelo de estambre á cuadros azules y verdes, componian su traje.

Llevaba en la cabeza otro pañuelo de seda oscuro, y un ancho delantal azul cubria una gran parte de su vestido.

—Hija mia, dijo acercándose á Rosita, hija mia, dime, ¿no está Perucho?

—No, señora, contestó la niña; ahora se ha ido á la ciudad.

—¡Oh, Dios mio... qué desgracia! exclamó con angustia la recién venida.

—¿Pues qué pasa, doña Mónica? preguntó Golondrina, cuyas lágrimas se secaron al instante, gracias á esa inestabilidad de impresiones tan propia de los niños.

—¿Qué pasa? ¡ay, hija mia, que el pobre enfermo se va á morir sin tener ni médico ni sacerdote! exclamó doña Mónica, de cuyos ojos saltaron algunas lágrimas.

—¿Y qué deseaba V.? preguntó Golondrina.

—Deseaba que Perucho hubiera ido ahora mismo al castillo á buscar á mi hermano para consolar á ese pobre jóven que se muere.

—¿Qué, tan malo está el pobre señorito á quien yo acompañé?

—¡Te digo que se muere!

—Entonces voy yo misma al castillo; dijo la niña, llevada por el ansia de ver á sus amigos, los de la cocina, y tambien por su carácter complaciente.

—¿De veras, hija, vas tú?

—Sí, señora; y correré cuanto pueda.

—¡Qué buena eres!

—¿Á quién le digo que venga, al señor cura ó al señor médico?

—¡Si pudieran venir los dos! Pero estando tan malo el señor duque, D. Venancio no se apartará de allí: además, el señor marqués, marido de la señorita Constanza, dicen que está muy malo tambien; pero

yo te estoy entreteniendo... anda, hija mia, anda, y al menos trae á mi hermano contigo.

Golondrina no quiso oír más: echó á correr como una corza; y doña Mónica, despues de dejar entornada la puerta de la casilla de Perucho, con esa confiada buena fé de los pueblos, se volvió á la suya, situada á corta distancia.

Es San Simon un pueblecito tan pequeño como alegre: el sol bañaba con sus rayos ya tibios los campos, húmedos por las lluvias de los dias anteriores, y la tierra se entreabria como gozosa de recibir aquel calor vivificante.

Delante de las puertas de las casas se veía sentada la parte femenina é infantil de las familias, pues la varonil se ocupaba de los trabajos del campo.

Todas aquellas gentes saludaban con cariño y respeto á doña Mónica, hermana de su virtuoso párroco, y no menos virtuosa y caritativa que él.

—¿Cómo está ese pobre jóven? preguntó una labradora que, sentada delante de la puerta de su casa, peinaba á una niña pequeña.

—¡Mal, hija, muy mal! contestó la hermana del párroco con tristeza.

—Y si no fuera por V. y el señor cura, doña Mónica, ¿qué seria de él?

—¡No lo sé, hija, no lo sé! Pero nosotros somos muy pobres, y te aseguro que no sé cómo le hemos de seguir dando lo que le hace falta. ¡Infeliz jóven! ¡Solo por él lo siento!

En aquel instante se oyó una alegre y robusta voz que venia cantando por un sendero inmediato, y la labradora se volvió con presteza.

—Ese es Manuel, que se vuelve á casa, dijo: veinte veces le he repetido que hoy no podria hacer nada en el campo, con la tierra tan mojada como está; pero se empeñó...

Apenas habia acabado la buena mujer de decir estas palabras, cuando Manuel, volviendo un recodo del camino, se presentó ante ella trayendo por delante dos magníficas mulas.

Era un hombre de treinta y ocho á cuarenta años, de hermosa presencia, rostro moreno y franco, y ojos alegres.

—¿Salió lo que yo decia? exclamó su mujer con esa expresion de triunfo que tan

propia es del sexo débil cuando acierta en alguna de sus predicciones.

—¡Salió! contestó Manuel mirando á su mujer con socarrona humildad.

—¡Qué ganas de pasearte tenias! objetó la esposa riendo al mirar la facha compungida de su marido.

—Pero mujer, ¿te olvidas de que tenemos cinco bocas que nos piden pan? dijo Manuel empezando á descargar de las mulas sus aperos de labor.—Luego echó en torno suyo una mirada, y añadió:

—Pero ¡calle! ¿dónde andan los chicos?

—Mariquilla y Antonia están en la escuela: Perico y Vicente escogiendo trigo allá arriba: Pepita aquí.

—Doña Mónica, esta mujer, que Dios me ha dado, es una ardilla para el trabajo, dijo Manuel dirigiéndose á la hermana del cura: ella no está quieta un instante, mas para mí y los chicos le parece la cosa mejor la holganza: ¡vea V., poner á esos dos diablillos juntos en el sobrado!... ¡Buena hacienda harán! ¡Por qué no los has enviado á escardar el campo grande?

—¡Cómo! ¡Á ponerse perdidos de barro... á coger unos dolores con la humedad... los

hijos de mi alma! ¡Vea V., señora! y no tienen más que nueve años el uno y el otro diez.

—¡Sí, sí... pobrecitos... más altos que tú y mas gordos que yo... lo mismo que las chicas! ¡Querrá V. creer, doña Mónica, que hace un año está haciendo una calceta Mariquilla?

—¡Para el rato que está en la maestra! objetó la indulgente madre: ocho años tiene la pobre mia, y ya friega y barre la casa y cuida de la lumbre...

—¡Y azota á Pepita á su gusto! dijo Manuel. ¡Si es un toro la chica... y la otra una descaradilla relamida... y los chicos unos mandrias: y tú la más madraza que los cristianos han visto!...

—Déjala, Manuel, dijo doña Mónica: las madres no tienen dicha mayor que la de cuidar á sus hijos y quererlos, y Catalina es una madre como pocas.

—¡Pero, señora, si es él peor que yo! dijo Catalina algo enfadada: apenas entra en casa algun dinero, parece una machaca.—Mujer, cómprale unos calzones á Vicente:—mujer, cómprale chaleco á Perico:—mujer, hazte una mantilla:—mujer, ve á la ciudad

y trae unas gargantillas para Antonia y Pepilla; y siempre estamos así.

—Hijos míos, Dios os bendecirá, porque sois buenos y honrados, y porque socorreis á los pobres.

—¡Otra que bien baila! exclamó Catalina, como si las palabras de doña Mónica le recordasen otra nueva picardía de su marido: todas las noches ha de ir Manuel á ver al tío Geromó y á darle los cigarritos hechos.

—Como que está tullido y no se los puede hacer él.

—¿No tiene á sus hijos?

—Están casados y con sus ocupaciones.

—¿Acaso estás tú soltero?

—Déjale, Catalina, dijo doña Mónica: que el VISITAR Á LOS ENFERMOS es una de las obras de misericordia.

—Es verdad, señora, contestó Catalina, cuyo semblante se vistió de una tristeza repentina: es verdad que lo es, aunque poco se conoce cuando nadie va á ver á ese pobre jóven que está en su casa de V.

—Nadie sabe que está en ella, hija mía.

—Lo sabía yo, y lo había olvidado, repuso Catalina avergonzada.

—¡Cómo! ¿Tiene V. aún en su casa á aquel

pobre viajero, doña Mónica? preguntó Manuel.

—Sí, ahí está y sin esperanzas de vida; y lo más triste es que no tiene ningun recurso ni de donde venga.

—¡Ahora mismo me voy con doña Mónica! exclamó Manuel, con un arranque de su carácter generoso: quiero verle y consolarle... Además, V. debe estar sola con Micaela, pues el señor cura pasa su vida entre el palacio y el castillo... y así de alguna cosa podré servir.

—¡Yo lo creo, Manuel! ¡no sabes el favor que me harás! observó doña Mónica con gratitud: ya ves, yo sola no tengo fuerzas para contener sus arrebatos cuando delira, y Micaela es una pobre niña que se asusta.

—¿Y sabes, Manuel, que ese pobre enfermo debe ser una carga imposible de llevar para D. Fernando y doña Mónica? dijo Catalina. ¡Caramba! son más pobres que nosotros, porque todo lo han dado á los pobres, y no tendrían ahorros, y un enfermo cuesta mucho.

—¡Doña Mónica! exclamó Manuel, á cuyos ojos acudió una lágrima de enternecimiento; doña Mónica, aquí estoy yo para

todo aquello que se ofrezca; tengo dos pares de mulas, trigo y algun dinero... quien da á los necesitados da á Dios, y así, ni usted ni ese pobre señor carezcan de nada, pues yo soy muy hombre hasta para vender el ganado.

—Señora, disponga V. de nosotros, añadió Catalina, y de todo cuanto tenemos; para nuestros hijos no nos ha de faltar.

—Dios os lo dará muy abundante, dijo doña Mónica apretando entre sus manos blancas y suaves las morenas y endurecidas de Manuel y Catalina. Sí, Dios os dará algo más que pan... os hará ricos y dichosos; y yo, que ya soy vieja, lo he de ver; no en vano se ejerce la caridad de un modo tan heróico.

—¿Y no son V. y su hermano quienes nos dan el ejemplo? preguntó Catalina: figúrate, Manuel, añadió dirigiéndose á su esposo, figúrate que hace cinco dias, viniendo doña Mónica de rezar el rosario de la iglesia, se halló á la puerta de la casa de Dios á ese desdichado, que habia caido allí como muerto de fatiga; doña Mónica llamó á su hermano, y el pobre jóven fué llevado á su casa, despertando de su congoja con una fuer-

te calentura, lo cual le tiene á las puertas de la muerte.

—¿Y no tenia en el bolsillo algun dinero? preguntó Manuel.

—Una pieza de plata de diez y nueve reales y tres de á cuatro; pero lo más chocante es que, á pesar de su pobreza, llevaba en el pecho, segun me ha dicho doña Mónica, una alhaja que vale muchos miles.

—¡De veras!

—¡Vaya! Al desnudarle, se le vió metida en una bolsita de raso azul una rosa blanca formada... ¿de qué, doña Mónica? preguntó Catalina volviéndose confusa hácia la buena mujer.

—Una rosa blanca formada de perlas.

—¡Eso es! y las hojas verdes; ¿de qué son, señora?

—De esmeraldas.

—¡Pues... de esmeraldas! Y yo les digo al señor cura y á doña Mónica que por qué no venden esa alhaja para cuidar, con el dinero que den por ella, á ese pobre jóven.

—¡Librenos Dios de semejante idea! dijo con enérgico ademán la anciana; mi hermano y yo partiremos lo que tengamos con ese infeliz, y aun nos quedaremos sin comer

por él; ¡pero tocar á su alhaja ni á su dinero, jamás!

—Dice bien la señora, replicó gravemente Manuel; siempre he dicho que los beneficios pagados no eran beneficios; y así, primero que tocar á la hermosa alhaja de ese pobre señor, venderé yo mi trigo.

—Mi hermano guarda la rosa blanca, el dinero y una cartera con papeles en uno de los cajones de su cómoda: ¿quién sabe si esa flor será un recuerdo de su madre?

—Es verdad, no habia yo pensado en eso, murmuró Catalina con voz conmovida; ¡pobrecito! Doña Mónica, aquí estamos Manuel y yo, y hasta los chicos, para todo aquello que se le ofrezca.

—¡Gracias, hija mia! Manuel, cuando quieras, vamos, que tengo mucha pena de pensar en que el enfermo está solo con Micaela.

—Vamos, pues, señora: Catalina, volveré á comer.

Diciendo estas palabras, Manuel echó á andar siguiendo á doña Mónica, que ya se habia despedido de Catalina.

## VIII.

Pequeña y por demás humilde era la casa habitada por D. Fernando el párroco, su hermana doña Mónica, viuda hacia muchos años, y Micaela, criadita de diez y seis, que componia toda la servidumbre de ambos hermanos.

Eran estos, como ya hemos tenido ocasion de conocer, compasivos, de dulce y bondadosa condicion.

D. Fernando amaba mucho á su hermana, y esta, que habia perdido á su esposo y tres hijos, se habia apegado á aquel hermano como á su único consuelo y compañía.

Doña Mónica no habia salido jamás de San Simon: allí habia nacido de padres pobres, pero honrados: allí se habia casado

y envejecido; y en el reducido cementerio de la aldea reposaban sus padres, su esposo y sus hijos.

D. Fernando fué á seguir su carrera á Madrid de la manera que la siguen tantos otros pobres jóvenes; esto es, sirviendo solo por la manutencion, y estudiando las horas que le dejaba libre su servicio.

Su buena suerte le llevó á casa del duque, que al ver su conducta ejemplar, su bello carácter y su talento natural, le eximió de toda obligacion, le señaló una habitacion retirada, y le trató con una bondad enteramente paternal.

Poco despues de haberse ordenado don Fernando, quedó vacante la parroquia de San Simon, por muerte de su pastor, y el duque la consiguió sin dificultad para su protegido.

D. Fernando llamó á su lado al instante á su buena hermana: era doña Mónica una excelente criatura, llena de candor y de bondad, pero tímida y apocada: algunas veces no practicaba el bien, no por no saber, sino por no atreverse: dotada de una excesiva delicadeza, creia que dando un pedazo de pan á un pobre, perjudicaba los in-

tereses de aquel excelente hermano, bajo cuyo amparo vivia; y hubo ocasiones en que ella misma carecia de alguna prenda de vestir en extremo necesaria, y no queria mostrar esta falta al buen párroco.

Este, por su parte, daba á los necesitados cuanto tenia; cuando su hermana le dijo casi con temor que habia recogido á aquel desgraciado jóven á la puerta de la iglesia privado de conocimiento, D. Fernando estrechó con cariño la mano de su hermana y aplaudió con alegría su caridad.

Pero ¡ay! los escasos recursos de los dos hermanos se habian casi agotado en aquellos cinco dias.

Sabido es que en los pueblos pequeños, el médico, el boticario, si lo hay, y el cura, son pagados en artículos de primera necesidad que los labradores cogen en sus tierras: el oro, ese vil metal causa de tantos crímenes y desórdenes, apenas corre en las aldeas, y gracias á esto, sin duda, se conserva en ellas tal pureza de costumbres.

D. Fernando y doña Mónica tenian, pues, en su casa algunas legumbres, huevos, leña, tocino, vino y aceite; pero no tenian un ochavo. Micaela, su jóven sirvienta, ha-

bia sido ajustada por dos vestidos y cuatro pares de zapatos al año; y aquellos tres seres tan buenos, tan cariñosos, tan inocentes, no habian calculado, al abrir su casa y sus corazones al desdichado jóven que sufría bajo su techo, que un enfermo necesita, además de medicinas, otros mil objetos muy caros.

De todo esto venia enterando doña Mónica al honrado Manuel, en el corto trecho que separaba la casa del labrador de la del párroco.

Ya os he dicho, lectores míos, que era esta pequeña y muy humilde.

Un patio muy angosto conducia á la cocina, reducida, pero alegre por la brillante limpieza y el prolijo esmero de Micaela.

En la cocina estaba la puerta del corral, que tampoco era grande, y en el cual se criaban algunas gallinas, un cerdo y hasta media docena de conejos.

Frente de la puerta del corral, se veía la de un cuartito que servia de despensa.

Volviendo al patio y tomando una miserable escalera incrustada en la terrosa pared, y sin pasamanos por esta razon, se llegaba á una meseta bastante grande, iluminada

por una ventana que daba al campo, y allí se veían dos puertas.

La una conducia al cuarto de D. Fernando, que era el mejor de la casa.

Su mueblaje consistia en una mesa de escritorio, vieja ya: en otra mesa, sobre la cual lucian un hermoso crucifijo bajo un dosel de terciopelo negro y sus libros de rezo: en un armario lleno de volúmenes devotos, y en algunas sillas de pino pintadas de oscuro.

Junto á la ventana, en cuyo antepecho habia algunas macetas, se veía una gran poltrona de cuero oscuro, y en la alcoba lucia una cama mullida con esmero, cuyas ropas desafiaban á la nieve en blancura, y cuyo cobertor, de percal oscuro, era igual á las cortinas que adornaban la entrada.

Las macetas de la ventana merecian cualquier castigo por embusteras; su frondosidad y lozanía hacian pensar que ya era llegado el riente y fastuoso Abril, en tanto que las escarchas que cubrian los tejados protestaban contra su vistosa exhuberancia y su pomposo verdor.

Mas ¡ay! que en esta ocasion, como en otras mil de la vida, la mentira lisonjera y

artificiosa cautivaba más que la helada verdad. Si hubiérais entrado allí, lectores míos, de fijo no hubiérais mirado los tejados por mirar las macetas.

Eran cinco, todas de barro fresco, colorado y reluciente: ¿no habeis reparado que hay macetas de un hermoso color, y que hay otras cuya vista entristece? ¿No? Pues mirad, yo sí: tengo un carácter observador, lo cual dicen que es efecto de una gran sensibilidad y que me perjudica para ser feliz; mas no importa: más quiero fijarme en esas pequeñeces y sacar consecuencias de cosas en que nadie repara, que mezclarme en otros cuidados ni confundirme en el tropel de la vida.

Yo he reparado en que hay macetas muy hermosas, coloradas y alegres como jovencitas de doce á quince años, es decir, de vuestra edad; y que hay otras amarillentas, oscuras y terrosas como viejas regañonas.

De la clase de las primeras eran las cinco que ocupaban la ventana del señor cura, porque como él era bueno, dulce y sensible, amaba todo lo hermoso, lo alegre y lo amable.

Contenia la primera una mata de maravillas que en la primavera se cubria de flores blancas como copitos de nieve; y aunque ahora no tenia puesto su vestido de gala, llevaba el diario de color verde, con esa magestad apacible y modesta de la limpieza y la virtud, y estaba hecho con tan elegante abundancia que parecia, más que mezquina pobreza, gracioso decoro el no variar de vestido.

En la segunda lucia un pequeño bosque de siemprevivas, amarillas como pequeños canarios, y encarnadas como crestitas de gallo recién nacido.

Nada hallo yo más lindo y al mismo tiempo más triste; que esa flor que simboliza el amor á los muertos; es decir, el amor del alma; pero santo, limpio de las miserias de la tierra.

La tercera sostenia un rosal, tan bonito, tan copudo, tan lustroso, que podia adivinarse de antemano habia de dar muchas y preciosas rosas.

Cada rama se extendia con una gracia infinita, describiendo una curva airosa y exuberante de jugo y de frescura.

Aquella maceta era la favorita de D. Fer-

nando y de doña Mónica: el rosalito era oriundo de ella, pero nieto de uno que años atrás plantará la madre del párroco en el jardinillo de la casa.

Era tanto lo que el virtuoso sacerdote veneraba á su madre y tanto lo que la quería, que despues que la buena mujer pasó á una vida mejor, su hijo sacó el rosal del huerto y le colocó en aquella casita de fresco barro, llena de tierra selecta.

Cuando murió el rosal primitivo, ya habia dado la vida á muchos retoños, que crecieron como muchos hijos ingratos, á expensas del bienestar de su madre.

El actual nieto adelantó en robustez al anterior, y quedó por dueño absoluto de su mansion.

Su dominio era, sin embargo, grato y llevadero, porque, al ménos en la apariencia, no era despótico: inclinábase la coqueta planta hácia fuera para besar amorosamente el barro de la maceta, y esta, cautivada por el cariño, no se quejaba de su peso.

Imitaba en esto el rosal á las mujeres de talento.

No es el imperio el camino que debe seguir nuestro sexo, mis jóvenes lectoras; la

mujer solo debe conquistar con la dulzura y la persuasion, acariciando lo mismo que domina.

La otra maceta, que ocupaba la derecha del rosal, era un frondoso romero, digno por su ancianidad de semejante distincion.

¡Vaya una planta de mérito! me podreis decir: ¡un romero! Pero habeis de saber que aquel romero habia sido bendecido por el señor arzobispo dos años antes, á su paso por San Simon, cuando iba á hacer en su diócesis una visita pastoral; y le habia echado su bendicion para recompensar á don Fernando los muchos beneficios que habia hecho con aquella hermosa planta.

Guardóla en su casa el buen párroco, porque cuando ocurría que se heria alguno y era menester cocer para curarle romero con vino y aceite, le tenían así mucho más pronto que yendo al monte á buscarle; y eran tantas las heridas que habia curado, que bien se habia ganado la bendicion episcopal.

Aquel romero mostraba además cada viernes del año y á eso de las tres de la tarde, hora en que murió nuestro Re-

dentor Jesus, dos ó tres florecitas amarillas (1).

La quinta y última maceta ostentaba un geranio-malva, planta delicada, tan modesta que jamás se eleva; tan aromada como la rosa, tan suave y humilde como la malva, cuyo nombre lleva. En Aragon le dan otro nombre más adecuado á sus principales cualidades, que son la belleza y la dulzura: se le llama *malva-rosa*.

Inútil es decir que las cinco macetas eran conducidas cada anochecer por los robustos brazos de Micaela, desde la ventana al interior de la estancia, y que crecían al calor benéfico del sol, que las bañaba de día, y al amparo de la religión.

Dentro del cuarto del señor cura había otro más pequeño que contenía el ropero, donde se guardaban sus hábitos talares, una enorme arca de encina para la ropa blanca y otra mesita cargada de papeles manuscritos, y sobre la cual había una ala-

(1) Fernan Caballero dice, en su novela *LÁGRIMAS*, que el pueblo andaluz cree que el romero florece todos los viernes del año: yo afirmo que el pueblo aragonés le ha visto florecer.

cena antigua llena de papeles pertenecientes á la parroquia.

En un lado de aquella reducida estancia era donde se había colocado un catre de tijera con un colchon, sábanas limpias, un cobertor y dos almohadas para el desgraciado enfermo.

En la alacena del señor cura reposaban la cartera con sus papeles y la preciosa rosa de perlas y esmeraldas, y en el ropero el traje de montañés que vestía Máximo el día que se dirigió á San Simon.

Frente de la habitacion de D. Fernando, al otro lado de la mesita, había otra casi igual: la primera sala la ocupaba doña Mónica, y el cuartito Micaela, de la cual cuidaba la buena señora como de su propia hija.

La habitacion de doña Mónica estaba adornada poco más ó menos como la de su hermano: en vez de la mesa de escritorio, que era el principal adorno de aquella, se veía en esta una gran cómoda de nogal antiguo; y en vez del crucifijo, una hermosa imagen de la Virgen de los Dolores.

En la ventana, y colgadas sus jaulas en las paredes de los lados, gorjeaban un ca-

nario y una cardelina de variados y vivos matices y diminutos cuerpos; y en el antepecho había colocado doña Mónica, para que se alegrasen, un cajón de madera plantado de lechuguino y cebada verde, del cual las avecillas comían con gran placer algunas matas cada mañana.

El cuarto de Micaela tenía una cama, un arca de madera blanca, una silla y una mesita, sobre la cual había colgado un espejo de un palmo en cuadro: en la ventana, y en un puchero roto, había plantado una albahaca tan grande y cuellisacada, que parecía mirar de alto á bajo al receptáculo que le daba habitación.

## IX.

—Ven, Manuel, dijo doña Mónica, que trataba al honrado labrador con esa paternal confianza que en las aldeas usan los ancianos con los jóvenes, y que estos agradecen como una muestra de cariño; ven á ver al pobrecito enfermo.

—Vamos allá, señora, contestó Manuel, quien desde que había puesto el pié en el umbral de la casa del párroco, llevaba su viejo sombrero en la mano.

Ambos entraron en el cuarto de D. Fernando, en el cual se hallaba Micaela desde que su señora había salido, por si el enfermo quería alguna cosa.

—¿Ha llamado? preguntó la anciana en voz queda.

—No, señora, contestó Micaela, que era una morenita algo feilla, pero llena de donaire y con una cintura como un junco.

—¿Te has asomado á la puerta?

—Dos veces; pero me parece que duerme, señora, porque no se mueve.

—Bien; vete, y cuando venga el señor D. Venancio ó mi hermano, avísame.

Micaela se fué; y doña Mónica, seguida de Manuel, entró en el cuartito del enfermo.

La cara de este estaba lívida; sus ojos, rodeados de un ancho círculo violado, se cerraban con pesadez; sus labios estaban secos y pálidos, y sus cabellos se erizaban sobre sus sienes, bien por efecto de las terribles visiones de su delirio, ó ya por esa horrible contraccion nerviosa que destroza la cabeza en algunas enfermedades.

Más que una naturaleza doliente, parecía la de Máximo una naturaleza destrozada.

El corazón de aquel pobre jóven no dormía, como sucede cuando el cuerpo padece mucho. ¡No! su corazón velaba, sufría, y á través de su inamovilidad, daba gritos desgarradores y se estremecía con agonía entre terribles convulsiones.

Aquello no era una de esas enfermedades provocadas por los humores del cuerpo débil y achacoso; era una fiebre del alma que postraba á la materia; era una desgracia horrible que rompía todos los hilos de la vida.

Inerte, lívido, desplomado... Máximo era una masa inmóvil, descompuesta al choque del infortunio.

Manuel se acercó al lecho y tocó su frente; pero hubo de retirar la mano al instante, porque, á pesar de su callosa piel, se le abrasó como si la hubiera puesto sobre un hierro candente.

—¡Dios del cielo! exclamó mirando asustado á doña Mónica; señora, ¡esto espanta!

—Dios mio... ¡qué hacer! dijo doña Mónica con angustia.

—¡Vamos á ver abrirse esta criatura como una granada y echar llamas! continuó Manuel con enérgica compasion.

En aquel momento Micaela se acercó á la puerta y llamó á su ama.

—¿Ha venido D. Venancio? preguntó con ansia doña Mónica.

—Sí, señora, dijo Micaela; ahí llega con la Golondrina.

—Dile que suba al momento... ¡por el amor de Dios!

Es menester advertir que en San Simón no había médico, y que asistía á su reducido vecindario uno de Toledo, á quien se avisaba cuando había necesidad; pero D. Venancio, que era muy amigo del párroco, le asistía á él y á los suyos sin estipendio alguno.

Cuando Micaela bajaba á suplicarle que subiese, entraba él en el patio, y siguió á la muchacha al cuarto del enfermo.

Acercóse á este, tomó su diestra helada y tocó sus sienes, que latían como si la sangre se desbordase en ellas.

—Señora, dijo despues en voz baja á doña Mónica; la muerte se cierne ya sobre la cabeza de este infeliz: no obstante, voy á hacer cuanto pueda para salvarle: por lo pronto hay que aplicarle á los piés dos botellas de agua caliente.

Manuel siguió á Micaela á la cocina, y un cuarto de hora despues entró con las dos botellas en la mano.

Levantó, con ese exquisito cuidado que solo es hijo de la caridad, las ropas del lecho, y aplicó á los piés del enfermo, yertos de frio, los revulsivos.

—Ahora, dijo D. Venancio sentándose á la cabecera de la cama, hay que preparar, para dentro de dos horas, un baño templado de yerbas aromáticas.

—¡Dios mio... no hay baño en casa! murmuró angustiada doña Mónica.

—Señora, en Toledo, y en casa de Marcial el estañero, los alquilan hermosos por veinte reales, dijo Micaela.

—¡Pero si no tenemos un ochavo! repuso la pobre señora, cada vez más angustiada, y saliendo de la alcoba porque le daba vergüenza mostrar sus apuros delante del médico.

—¡Es verdad! repuso Micaela: hemos gastado cuanto había en las primeras medicinas que D. Venancio mandó dar al enfermo. ¡Ah, señora! añadió la muchacha: vea V. si tengo yo razon cuando digo que el señor hace mal en repartir á los pobres todo cuanto tiene; luego llega un pobre, que merece más que los otros, y no se le puede socorrer.

—Chica, deja á tu amo, que es un santo y sabrá lo que se hace, dijo Manuel: ea, añadió, no hay que apurarse: yo tengo un triguillo de flor que ambiciona mucho para la

siembra el tío Pajalarga: voy ahora mismo á vendérselo, y ya me dará lo menos veinte duros para los gastos de la enfermedad.

—Manuel, yo no puedo permitir que te perjudiques así; exclamó doña Mónica tomando la mano del honrado labrador: cuando tú no lo habias vendido ya, es que te convendría guardarlo.

—¿Y cuándo podré emplear mejor lo que me den por el trigo, señora? El señor cura dice que quien da á los pobres da á Dios. Conque hasta dentro de una hora: al instante vendrá Catalina con un talego lleno de las yerbas de olor, que en el sobrado tenemos muchas secas, que guardamos por si se ofrecen casos como este.

Manuel salió, dichas estas palabras, y se dirigió á paso largo á su casa.

—Mujer, dijo á Catalina, ve al momento á casa del señor cura para que ayudes á doña Mónica y á la chica: ese pobre jóven está muriéndose.

—Voy al instante, dijo Catalina.

—Diles á esos mandrias de hijos que llenen un saquillo de las yerbas del sobrado, y llévalo tú allí, poniéndolas á cocer al instante para darle un baño.

—Se hará como mandas.

—Mira, Catalina, prosiguió Manuel algo cortado, porque temia que su mujer no aprobase la venta del trigo: Catalina, en casa del señor cura no hay un cuarto.

—Eso no es nuevo: todo lo da á los pobres...

—¿Y sabes lo que he pensado? Vender á Pajalarga ese poco de trigo de flor que tenemos, y lo que den por él entregarlo á doña Mónica para que cuide al enfermo.

—Pero hombre, ¿no lo guardábamos para pagar el arriendo al señor duque?

—Sí... ¿mas hemos de consentir que ese infeliz se muera por no tener un cuarto para pagar las medicinas, ni el señor cura para dárselas? Por supuesto que, segun dice D. Venancio, se muere sin remedio, añadió Manuel con íntima conviccion.

—Entonces, ¿de qué te sirve que tú te quedes por puertas?

—¿Por puertas? Antes de quedar así, aún podríamos vender tambien un par de mulas si el dinero hiciese falta.

—¡Santo Dios! ¡vender las mulas! exclamó asustada Catalina. Anda, añadió, anda, vende el trigo y con eso se te irán de la cabeza esos malos pensamientos.

—Bueno, mujer, no te asustes: el que da á los pobres da á Dios, como dice el señor cura; pero vete al instante á casa de doña Mónica, y haz lo que puedas para descansarla, pues aunque hay una obra de misericordia que encarga VISITAR Á LOS ENFERMOS, no se ha de entender solo así, sino *visitar, ayudar y servir* á los enfermos, y más á los enfermos desamparados.

Dichas estas palabras, salió Manuel á buscar á Pajalarga y le vendió su trigo, recibiendo por él 500 rs., suma mayor de la que esperaba cobrar el buen hombre.

En seguida volvió á su casa, montó en la mejor de sus mulas, cogió otra del diestro para atar sobre ella el baño, y tomó al trote la carretera de Toledo, á cuya ciudad llegó antes de media hora.

Pagó el alquiler de un hermoso baño durante ocho días á Marcial el estañero, y se volvió tan contento como lo está el que acaba de hacer una buena acción.

Media hora más tarde, estaba el enfermo tomando aquel baño consolador que calmaba la fiebre encendida en sus venas consumiendo su ser como una inmensa hoguera.

—Sr. D. Venancio, dijo doña Mónica al mé-

dico así que Máximo volvió á quedar acostado; ¿no se vuelve V. al lado del señor duque?

—Señora, respondió el anciano con voz ahogada, en tanto que una lágrima rodaba por su mejilla: el duque se encuentra en un estado que ya no me necesita á mí, y solamente le hace falta su hermano de V.

—¿Tan malo está?

—Va á dejar este mundo, ó quizá no se halle ya en él.

—¡Oh, Dios mio!... ¿qué va á ser ahora de esas desgraciadas criaturas que amparaba?

D. Venancio nada respondió: levantóse, pulsó con sumo cuidado al enfermo, y dijo:

—La fiebre ha bajado algun tanto; voy al castillo, y volveré á las nueve de la noche. Adios, señora.

—Él vaya con V., mi querido Sr. D. Venancio, y quiera el cielo que halle aliviado al señor duque.

—¡Eso es imposible! repuso el médico moviendo lentamente su severa cabeza.—Y ya en la calle, añadió:

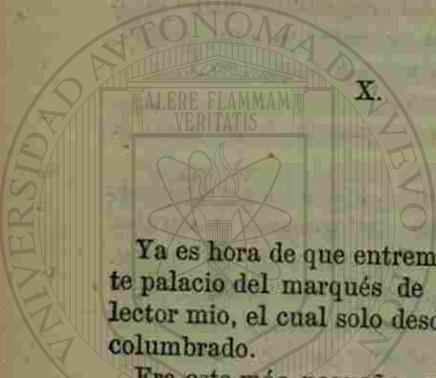
—¡Sí, es imposible!... Mi amigo, mi bienhechor, va á volar al seno de Dios.

explicaba la existencia de tan elegante vivienda en un país enteramente campestre y lejos de toda sociedad.

El marqués, cuya salud era mala hacia tres años, se había empeorado mucho en el último: una tisis pulmonar minaba su vida, y en vano fué que el anciano duque se lo hiciera así presente á su nieta Constanza cuando el marqués empezó sus asiduos obsequios.

Sin embargo, Constanza no se había casado por amor con el marqués de Prado-hermoso: Constanza, profundamente egoísta, se amaba sólo á sí misma, y si se había obstinado en aquella boda era porque le aburría la soledad del castillo, en el cual, según ella decía, habitaban solo dos viejos regañones, una chiquilla y dos muchachuelas recogidas por caridad, y que le hastiaba hasta verlas.

Casóse, pues, y el marqués su esposo, hombre de carácter duro y altanero, que supo la oposicion del duque á aquel enlace, prohibió á su esposa toda comunicacion con el castillo señorial, y la aisló mucho más que nunca lo había estado; pues en su casa, en vez de los dos viejos regañones, la chiqui-



Ya es hora de que entremos en el elegante palacio del marqués de Prado-hermoso, lector mio, el cual solo desde fuera hemos columbrado.

Era este más pequeño, pero más lujoso que el antiguo castillo, como ya dije antes.

En un elegante aposento, vestido de seda de Lion carmesí con ramos de violeta, se hallaba recostado en un sillón dorado, y relleno en su espaldar de almohadones de pluma, el marqués de Prado-hermoso, dueño de aquella opulenta mansion.

Ya he dicho antes también que el marqués había hecho edificarla como sitio de recreo para pasar los veranos, y solo así se

lla y las dos pordioseras, solo tenia un marido enfermo, exigente é imperioso.

Aburriase, pues, de muerte Constanza en el domicilio conyugal, y de ello va á darnos una prueba inequívoca la escena que vamos á presenciar.

Sentado el marqués en su sillón dorado, apenas podia respirar; tanto era lo que agobiaba su pecho la helada de aquella tarde.

Á su lado habia un velador de palo-santo casi cubierto de frasquitos y botellas, y el cual contenia además un termómetro, un reloj de instantes fijos y una palmatoria de plata, en la que ardía una bujía de cera, á pesar de ser como las dos de la tarde.

Aquella bujía tenia el objeto de encender á cada instante un cigarro puro que el marqués no dejaba de oprimir entre sus labios, secos y abrasados por la calentura.

Á su espalda estaba en pié un criado que acudia, con esa solicitud pegajosa y forzada de los cuidados pagados, al menor movimiento de su amo.

Descubriase por las puertas de cristales, que cerraban la alcoba, un soberbio lecho de maderas preciosas muy bajo, y cuyos piés

eran cuatro cabezas de león de bronce cincelado.

Este lecho estaba cerrado en su interior con cortinas de punto de encaje blanco, y exteriormente con anchos paños de damasco carmesí sujetos con cordones y borlas de seda del mismo color.

Sillones esparcidos sin órden alguno, una mesa de ébano llena de libros con encuadernaciones preciosas, y en la pared una panoplia de armas extranjeras y algunos grandes cuadros al óleo, completaban el mueblaje del dormitorio del marqués.

—Llama á la señora, Valentin; dijo aquel á su criado con voz cascada y tan queda ya que demostraba llegar su enfermedad al último periodo.

El criado, obediente como una máquina, fué hácia la puerta y desapareció detrás del tapiz de terciopelo que la cubria.

El marqués dió entonces dos ó tres débiles resoplidos y se levantó para tomar una actitud imponente.

Entonces descubrió su exigua figura, menguada aún por los estragos de la enfermedad.

Era de pequeña talla y flaquéisimo: su ca-

ra amarillenta, de pómulos salientes y de mejillas hundidas, tenia ese sello de irascibilidad, de displicencia y malestar propio de las enfermedades de pecho cuando se unen á un carácter dominante y bilioso.

Sus ojos negros, de relumbrante pupila, se habian hundido y habian perdido toda expresion de sensibilidad y de inteligencia para dar lugar á otra de recelosa malicia: por debajo de su gorro de terciopelo verde, bordado de oro y seda, salian algunos mechones de cabellos negros, pero débiles y lacios; y por las mangas de su bata, tambien de terciopelo verde con bordados de trencilla negra de seda, se escapaban sus manos, de dedos largos y amarillos que remataban en uñas color de violeta.

Apenas se habia colocado de espaldas al balcon, por el cual penetraba un rayo de sol benéfico, entró de nuevo Valentin.

—La señora marquesa se halla en su tocador, dijo inclinándose.

—¡Bergante... ya es la tercera vez que me respondes lo mismo! gritó el marqués con un arrebato de ira que tñó sus mejillas de un carmesí oscuro.

—Es lo que me ha contestado la camare-

ra de la señora, observó el solapado lacayo sin alterarse ni variar el diapason melífluo de su voz.

—Pues ve ahora mismo á decir que *mando yo*, ¿lo entiendes? que mando yo que venga al instante la señora.

Volvió á inclinarse el criado, y salió.

—¡Me gusta! murmuró el marqués hiriendo el suelo con la punta de su flaco pié calzado con una chinela de tafílete encarnado bordada de oro. ¿Si pensará que porque trajo medio millon de dote se me ha de burlar así? ¡Yo le haré ver que no!

Tan grosero pensamiento dirá bastante acerca del carácter del marqués.

Apenas acababa de formularlo, entró Valentin.

—La señora me sigue; dijo inclinándose y yéndose á su sitio, en el cual permaneció en pié é impassible.

Pronto se oyeron, en efecto, los ligeros pasos de Constanza, que entró en el dormitorio con señales de muy mal humor.

Llevaba un traje de seda de color de lila con volantes, de cuerpo cerrado, sobre el cual volvia un cuello de encaje.

Este traje y su hechura hacian parecer

más alta la elevada talla de Constanza, bastante mayor que la de su marido.

Sus cabellos, peinados en bandós lisos, estaban prendidos en anchas trenzas detrás de su cabeza y sujetos con largos alfileres de oro.

—¿Qué ocurre, vamos... qué pasa? preguntó á su marido, mirándole con enojo.

—Ocurre que me canso de estar solo, y que quiero que me hagas compañía; dijo el marqués, que al ver tan hermosa, tan joven, tan fresca á su mujer, y al verse él tan enfermo y tan repugnante, sintió un arrebatado de furiosa y punzante envidia.

—¿No tienes aquí á un criado?

Estas duras palabras eran hijas del carácter despótico y altanero de Constanza; pues es sabido que las personas dotadas de una alma generosa y tierna llaman por sus nombres propios ó de bautismo á las que les sirven.

Hay frases, lectores míos, de las cuales debéis huir, porque hieren á la humanidad y os conquistarán muchos enemigos.

Muchas veces he oído decir á personas de excelente educación y de corazón muy hermoso, estas ó parecidas palabras:

*Miente como un lacayo: es vulgar como una criada: viste como una modistilla;* y eso habiendo precisamente delante lacayos, criadas y modistas.

Los pobres seres, objeto de estas injurias, cuando son honrados, tienen también dignidad, y esta se hiere profundamente, les priva de todo placer en servir al que las prefiere y enciende en sus corazones un odio profundo hácia él.

Las palabras de Constanza no pudieron, sin embargo, producir estos efectos en Valentín, demasiado pícaro para que no se las echase todas á la espalda desde muchos años antes.

En cuanto al marqués, la ira vistió de nuevo de púrpura sus biliosas mejillas al oír las palabras de su esposa, y contestó:

—Tengo aquí un criado, pero te necesito á ti también.

Constanza no respondió nada: tomó un libro de la mesa, y acercando al balcón un sillón, se puso á leer.

El marqués la miró con un enojo concentrado y cruel.

Si un observador curioso y conocedor del corazón humano hubiera sorprendido aque-

lla mirada, hubiera asegurado desde luego que en el alma de aquel hombre no solo no habia cariño ya para su esposa, sino que se asentaba un odio profundo hácia ella. Sin embargo, ¡apenas hacia un año que estaban casados!

—¡Sal de aquí!—gritó el marqués tan fuerte como se lo permitian sus dilacerados pulmones á Valentin, que se dió prisa á obedecer.

—¡Señora! prosiguió el marqués no bien el criado hubo salido: ¡señora... deje V. ese libro y óigame!

Constanza cerró el volúmen, le puso sobre sus rodillas, y miró á su marido con una curiosidad burlona y desdenosa.

El mismo observador que hubiese visto la aversión del esposo á la esposa, podria haber visto tambien hasta qué punto despreciaba esta á aquel, al sorprender la mirada que fijó en él.

—Ya está V. obedecido, dijo Constanza; he dejado el libro, ¿qué quiere V.?

—Quiero, señora, repuso este, quiero que en vez de pasar dos horas por la mañana en el tocador, dos por la tarde y dos por la noche, las pase V. á mi lado; creo que no es mucho pedir.

La marquesa nada respondió, y volvió á tomar su libro fijando en él la vista.

El marqués se irritó tanto, que la sangre subió de su pulmón á su boca: se puso de color de púrpura, y le atacó un golpe de tos terrible que duró cinco ó seis minutos.

Cuando cesó, su pañuelo, que habia tenido aplicado á sus labios, estaba teñido de manchas rojas.

Constanza no levantó siquiera la cabeza.

—¡Señora!... dijo el marqués con acento jadeante y convulsivo: tiene V. un corazón de fiera, ó más bien, es V. una mujer sin corazón.

—Pero con medio millón de dote al casarme con V., del cual lleva ya dada muy buena cuenta; contestó la marquesa con sorprendente grosería.

—Más valia que se hubiera V. casado con aquel pobretón de Máximo que envié á América para enriquecerse, continuó el marqués; porque su educación y la vulgaridad natural de V. se hubieran unido muy bien.

—Tiene V. razon, contestó Constanza; Máximo, al menos, hubiera agradecido mi dote, porque era francamente pobre y muy honrado; en tanto que la pobreza de V., tan ver-

gonzosa como la suya, estaba disfrazada con las apariencias de la fortuna y tenía la mala fé de un comerciante.

—Á bien que, casándose con ese pobrete, no hubiera V. hecho otra cosa que seguir el ejemplo de su padre; el cual, al año de viudo de la hija del conde de la Puente, se casó con una muchachuela hija de un empleado cesante y bordadora de oficio, á quien tuvo que hacer hasta camisa.

—Si tal era su gusto, hizo muy bien; contestó la marquesa, cuya exaltada vanidad se mortificaba hasta un punto increíble siempre que delante de ella se evocaba este recuerdo.

Al ver el disgusto que se dibujaba en sus facciones, una sonrisa triunfante dilató los labios del marqués, quien, agobiado ya de fatiga, volvió á dejarse caer en su sillón.

Constanza tomó de nuevo su libro y se puso á leer en él con mucha atención, al parecer, pero evidentemente con el solo objeto de disimular el enojo que habían provocado en ella las palabras insultantes de su marido.

—Quisiera saber, señora, dijo este tras algunos instantes de silencio, para quién se

viste V. con tanto esmero cuatro ó cinco veces al día; porque aquí no viene nadie, ni vendrá, mientras yo conserve sana mi razón.

—Me visto todos los días para distraerme, contestó la marquesa, y hoy me he vestido para ir á ver á mi abuelo que está enfermo, y de cuya vista con tanta injusticia me ha separado V.

—¿No se resignó V. muy satisfecha á lo que ahora llama injusticia?

—¿Yo? ¡V. está loco!

—¿No me dijo que no permitiéndole ir la librería de la vista de dos viejos impertinentes, de las tonterías de una chiquilla y de las demasías de dos pordioseras?

—Si eso dije, ahora le declaro que todo ello me parece preferible á V., y que voy á buscarlo de nuevo, al menos por algunas horas cada día.

—¡Y yo le digo á V. que no irá!

—¡Y yo le afirmo que sí!

—¡Lo veremos!

—Va V. á verlo.

La marquesa, sin reparar en el terrible efecto que aquel violento altercado hacía en el carácter iracundo de su esposo, el cual,

lívido y jadeante, sostenía su pecho con ambas manos, se abalanzó al cordón de la campanilla y tiró con violencia.

Presentóse al instante Valentin.

—¡Mi coche! dijo Constanza con imperio.

—¡Quieto ahí, bergante! rujió, más bien que dijo, el marqués.

—¡Que pongan mi coche! repitió Constanza, cuya voz temblaba agitada por un fuerte sacudimiento nervioso.

Valentin no se movió.

—¡Ah! exclamó la marquesa con las mejillas de color de púrpura y los ojos chispeantes: ¡ah, infame! Deja que tu amo cierre los ojos, y verás dónde te echo yo.

El marqués no pudo oír estas palabras: el exceso de su ira le había privado de sentido.

Había reclinado su lívida cabeza en el respaldo de su sillón, y de su boca se escapaba la sangre en largos hilos, al mismo tiempo que levantaba su demacrado pecho un congojoso estertor.

—Ya está enganchado el carruaje de la señora marquesa, dijo un lacayo asomándose al tapiz de la puerta; se lo oí pedir desde la antecámara, y la está esperando.

—Hiciste bien, dijo con voz melosa Va-

lentin: por no irritar á S. E. no pude salir á pedirlo; perdone la señora marquesa.

Constanza echó una mirada de supremo desden sobre el redomado pícaro, y salió sin mirar á su marido.

En la antecámara halló á una de sus doncellas que la esperaba con una capa de terciopelo y un sombrerito de fieltro coronado de una pluma.

En el palacio había criados que obedecían al marqués, y otros más prudentes que adlaban á la marquesa: esta se cubrió con la capa, se puso el sombrero sobre sus hermosos cabellos, bajó la escalera y tomó el coche, diciendo al cochero con voz que aún temblaba de emoción y de ira:

—¡Al castillo!

Á su lado, y sentado en otro más pequeño, se hallaba el médico.

Al otro lado el sacerdote; y un poco desviadas, Victorina, cuyos ojos estaban rojos é hinchados de llorar, y Sidonia, que estrechaba entre las suyas las manos de la niña.

El duque apenas sufría: su agonía era tan dulce y sosegada, como dolorosa habia sido su enfermedad.

Envuelto en su bata de terciopelo, solo la absoluta demacración de su cuerpo decía que no podía ser ya larga su estancia en la tierra.

Cuando Constanza apareció en el umbral con su elevada estatura, su hermoso rostro, y su manto de terciopelo, que hacia resaltar más la bella magestad de su figura, el duque la conoció al instante.

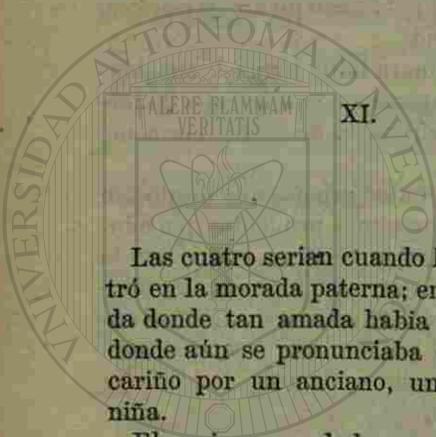
—¡Hija mía! dijo: ¡gracias por haber venido!

Otros dos gritos siguieron á estas palabras.

—¡Hermana! dijo Victorina corriendo hacia ella.

—¡Señorita! exclamó Sidonia, poniéndose de pié.

Constanza fijó en su abuelo una mirada,



Las cuatro serian cuando la marquesa entró en la morada paterna; en aquella morada donde tan amada habia sido siempre y donde aún se pronunciaba su nombre con cariño por un anciano, una jóven y una niña.

El anciano era el duque; la jóven, Sidonia; la niña, Victorina.

Los criados le abrieron paso silenciosamente, y llegó hasta la habitación de su abuelo.

Este habia dejado el lecho.

La enfermedad, en su último periodo, habia hecho una tregua y mitigado su rigor.

El anciano ocupaba un sillón muy ancho y cómodo.

en la cual brilló un poco de cariño y de interés.

Á pesar de la natural dureza de su corazón y de su insensibilidad, amaba algun tanto á aquel anciano que tan tiernamente la habia querido toda su vida, y que cuando se verificó el segundo matrimonio de su padre fué para ella otro padre, más amante y cuidadoso que el primero.

—¡Hija mia! dijo el anciano; me queda poco tiempo de vida; y Dios, sin duda, te envía para que descanse de un gran peso mi corazón.

—¡Padre mio! dijo Constanza sentándose en un taburete á los piés del anciano, despues de haber dado á Sidonia su capa y su sombrero. ¡Padre mio! ¿Por qué alimentas tan tristes presentimientos? ¿Por qué crees que te vas á morir?

—Porque siento que la vida se me acaba; contestó el anciano con una sonrisa dulce y débil como su voz.

Y luego, volviéndose penosamente hácia el médico, añadió:

—Necesito quedarme solo con mi nieta durante algunos momentos, amigo mio.

Sidonia oyó estas palabras, y salió de la

estancia silenciosamente, y seguida de Victorina.

El médico y el sacerdote salieron tambien, y Constanza ocupó uno de los sillones inmediatos á su abuelo.

—No hay tiempo que perder, hija mia, dijo este: la muerte puede sorprenderme de un instante á otro, porque este bienestar que experimento no es natural: escúchame con atención.

Tu padre casó muy jóven con la hija del conde de la Puente.

Aunque era mi hijo, me amaba poco, porque no sabia amar; y aún menos que á mi amó á tu madre.

Esta se parecia á tu hermana; era como Victorina; buena, alegre, dulce y generosa; pero mi hijo trocó bien pronto la alegría natural de su jóven esposa en una tristeza mortal.

Tú te asemejabas á tu padre, y hoy eres su verdadero retrato; no te enojas, Constanza, los moribundos solo pueden y deben decir la verdad.

Murió tu madre dejándoos, á ti de doce años de edad, y á Victorina de solos dos meses; y murió de pena al ver que su esposo

habia dilapidado, no solo todo su caudal, sino tambien su cuantioso dote.

Un año se cumplía apenas desde la muerte de tu pobre madre, cuando mi hijo vió una noche en las calles de Madrid á una bella jóven acompañada de una anciana; las siguió, y las vió entrar en un almacén de bordados: se informó, y supo que se llamaba Rosa y que mantenía con su trabajo á su madre, que era viuda.

Tu padre era libre, porque tu hermana y tú estábais ya bajo mi amparo, considerando yo indigno á mi hijo de ser vuestro tutor.

Apasionóse verdaderamente de la jóven bordadora, y no pudiendo obtener su correspondencia, se casó con ella sin darme parte de su decision.

Seis meses despues salió para América con objeto de hacer fortuna, pues se hallaba casi arruinado, y llevó consigo á su esposa, cuya salud habia empezado á decaer, y que se hallaba en cinta.

Pero la justicia de Dios reservaba un castigo bien cruel para los extravíos de tu padre.

El buque en que iban naufragó á la vista del puerto, y el desdichado pereció.

Calló el anciano: su voz se habia debilitado á causa de su violenta emocion. Poco despues continuó así:

—Tu madre se salvó, y volvió á España en la más absoluta miseria.

Entonces, y á pesar de saber mi fuerte oposicion á su enlace con mi hijo, resolvió ir á buscarme para poner al suyo bajo el amparo de mi caridad.

Todo esto me lo escribió un amigo desde Cádiz, al cual contesté incluyéndole una cantidad y una carta para Rosa; aquella para los gastos del viaje, y esta abriéndole mi casa y mis brazos.

Pero la pobre jóven se hallaba muy enferma al recibo de aquella carta: el dinero se gastó en su enfermedad, y solo despues de algun tiempo de padecer pudo ponerse encamino.

Lo hizo, sin embargo, sin volver á escribirme, y aunque me dijeron que habia salido de Cádiz, han sido inútiles cuantas pesquisas he hecho para averiguar su paradero y el de su hija.

No obstante, despues de algunos meses de la fecha en que me aseguraron habia salido de Cádiz, recibí este billete ó carta que

me trajo un hombre del pueblo; el cual, según me dijo, lo había hallado en un misero camaranchon que había ocupado en la posada de la aldea vecina.

El duque presentó á Constanza un papel que esta desdobló y leyó. Decía así:

«Padre y señor: Ya estoy con mi hija cerca de V., pero no sé si me será dado llegar á pedirle su bendición para este pobre ser.

»Dos días hace que la he dado á luz; pero como San Simón solo dista una hora del castillo, no la hago bautizar hasta que V. me dé su beneplácito.

»Pudiera suceder que muriera aquí; y así, señor, para conocer á mi hija, le diré que lleva al cuello un medallón de oro que contiene por un lado un rizo de mi cabello, y por el otro una rosa blanca seca, con hojas verdes, primer recuerdo de amor que recibí de su padre: el rizo está atado con una cinta azul, en cuyos dos cabos se leen estas palabras escritas por mi mano al embarcarme con su padre, y temerosa de perecer en el mar después de haberla dado á luz:

»*Si muero en el mar, que Dios salve á mi hija, y que le ampare aquella buena alma que le recoja!*

»¡Tan mala me siento, que no sé si podré llegar á implorar su bendición antes de morir!...

ROSA.»

—Nada he vuelto á saber de esas desgraciadas, continuó el duque, cuyo semblante se descomponía por instantes... Hija mía, busca á tu hermana... es tu deber... y si la encuentras...

Calló el anciano, y echó hácia atrás su pálida cabeza dando un débil gemido.

—¡Socorro! gritó Constanza con temor: ¡Socorro!... ¡mi padre se muere!...

El médico, el sacerdote, Sidonia, Victoriña, y hasta Genoveva, se precipitaron en la estancia.

D. Venancio se aproximó al enfermo y asió su mano.

Luego alzó al cielo los ojos, y volviéndolos al sacerdote, dijo con ahogado acento:

—¡V. solo es el que hace falta aquí ya!

Al pronunciar estas palabras, hizo con la mano una señal imperiosa á los demás, que se disponían ya á salir del cuarto, cuando se dejó oír como un dulce murmullo la voz del anciano.

—¡No!... dijo alzando débilmente la ma-

no: ¡no!... que se queden aquí... quiero... verles á todos... quiero morir... rodeado de todos...

Nadie se movió, permaneciendo cada uno inmóvil en el sitio que ocupaba.

—Doctor... dentro de veinte y cuatro horas... que se abra el cofrecito de plata y que se lea el paquete cerrado que contiene mi testamento... y mis papeles... Recoge... y guarda una carta... que acabo de entregar á Constanza... y no desampareis á esas... dos pobres huérfanas...

El duque, fatigado con aquel penoso esfuerzo, inclinó la cabeza y no habló más.

—¡De rodillas! dijo con voz solemne don Fernando.

Todos obedecieron, y el mismo sacerdote se arrodilló al lado del sillón.

El duque había recibido por la mañana los Sacramentos de la confesión y comunión.

Pronto se oyó un confuso murmullo de plegarias y de sollozos que duró algunos instantes.

El sacerdote sacó de su pecho una cajita de oro y aplicó los santos óleos de la Extremaunción á las sienes del moribundo.

Y como si el alma solo hubiera esperado

este instante para volar al seno de Dios, dió el duque un débil gemido y espiró.

Durante algunos instantes resonaron aún las preces.

Luego, y á una señal del cura, las dos huérfanas y las dos herederas del finado fueron á besar su mano.

—¡Adios! murmuró Sidonia: ¡adios, padre y bienhechor mio... único protector de nuestra miseria y orfandad! ¡Á nadie tenemos ya en el mundo que nos ame!... Ruega desde el cielo por mi hermana y por mí.

La jóven, dichas estas palabras, salió con su hermana, quien, á pesar de su impasibilidad, lloraba también.

—¡Señora! dijo el doctor deteniendo á Constanza en el umbral de la habitación: su señor padre de V. me ha encargado, ya en su agonía, que recogiese de V. una carta.

—Es cierto que hace poco rato me ha entregado una carta, doctor, contestó con altivez la marquesa; pero es concerniente á un asunto de mi familia, y como no he oído que mi abuelo haya dirigido á V. semejante encargo, permitame le diga que no pienso en entregársela.

—¿De qué manera podía yo saber que esa

carta existía, á no haberme encargado de su depósito el duque? dijo D. Venancio, cuyo pálido rostro se cubrió del carmin de la indignacion.

—¿De qué manera? repitió Constanza: de la manera que ha ido V. enterándose poco á poco de todos los asuntos de nuestra casa.

—¿Persiste V. en no entregarme esa carta? preguntó severamente el médico.

—Sí, señor: contestó la marquesa.

—¿Se atreve V. á desobedecer la última voluntad de su padre... en presencia de su cadáver?

—Si la voluntad de mi padre ha sido que yo entregue esta carta, estará consignada en su testamento, y cuando oiga la lectura de esa cláusula me conformaré con ella.

—Está bien, dijo D. Venancio dominándose: soy testamentario del difunto, y para mañana á las nueve de la noche cito á usted en el salon del castillo para oír su última voluntad.

—Entretanto me llevo á mi hermana, dijo Constanza con altanería; pues no habiendo hasta la lectura del testamento tutor reconocido, su tutora natural soy yo.

Esto diciendo, tomó de la mano á Victori-

na y salió con ella para tomar su coche, en tanto que la pobre niña, aturdida con lo que oía, no acertaba á decir una palabra, y se dejaba llevar como una corderilla por su imperiosa hermana.

la una con la indiferencia propia de su edad, la otra con una extraña impaciencia.

Dieron las nueve: el notario se levantó y tomó un cofrecito de plata cincelada que se veía sobre la mesa, inmediato á una escribanía de oro.

Aquel cofrecito tenia media vara de largo y una cuarta de ancho, y era el mismo de que habia hablado el anciano duque á su amigo el doctor.

El notario lo abrió con mano segura, y lo primero que sacó fué un rollo de papeles sellado con lacre negro y que tenian el siguiente rótulo:

*Declaracion que ha de leerse antes de abrir mi testamento.*

El notario, sin pedir á nadie su vénia, rompió el sobre, sacó un pliego, y leyó así con voz clara y sonora:

«Yo, Cárlos Luis Gabriel de Alvarez y Puertollano, duque de la Estrella, declaro que mi hijo único Alfonso, viudo de la hija única del conde de la Puente, contrajo segundo matrimonio con Rosa Salvatierra, de oficio bordadora; que habiéndose embarcado con ella para América pereció en el naufragio, y que su esposa volvió en cinta á la Pe-

## XII.

Las nueve menos algunos minutos serian de la noche del siguiente dia, cuando se hallaban reunidos en el salon del castillo toda la familia del difunto duque de la Estrella y los cuatro testigos designados por él antes de morir.

Sentados delante de una mesa cuadrada y cubierta con un tapete de terciopelo negro, en el cual estaban bordadas en oro las armas de la casa, se hallaban los albaceas, que lo eran el párroco D. Fernando y el doctor, y el notario de la casa, que acababa de llegar de Toledo con los testigos.

Enfrente y recostadas en dos sillones, Constanza y Victorina, vestidas de riguroso luto, esperaban la lectura del testamento;

ninsula, habiendo dado á luz una niña en el vecino pueblo de San Simón, cuyas señas y demás pormenores se expresan en una carta que pienso poner en manos de mi nieta doña Constanza de Alvarez y Puertollano, marquesa de Prado-hermoso, y que esta devolverá, despues de enterada de su contenido, á mi amigo y testamentario el doctor D. Venancio de Astudillo.»

El doctor extendió la mano hácia la marquesa, y esta puso en ella la carta con un movimiento de enojo muy visible.

El notario continuó leyendo:

«Habida que sea la carta, se leerá antes de abrir mi testamento, y despues quedará unida á esta declaración que firmo en mi castillo señorial á 7 de Enero de 1832.

CÁRLOS LUIS GABRIEL DE ALVAREZ Y PUERTOLLANO,  
DUQUE DE LA ESTRELLA.»

—Aquí está, prosiguió el notario, sacando otro papel del paquete, la partida de casamiento del difunto Sr. D. Alfonso de Alvarez y Puertollano con Rosa Salvatierra: se halla legalizada y en toda forma.

Y extendió sobre la mesa el documento, al cual no faltaba, en efecto, ningun requisito para ser valedero.

Acto continuo, el notario leyó la carta que ya conocemos por haberla leído con Constanza cuando esta la recibió de manos de su abuelo, y la volvió á guardar en el cofrecito.

En seguida abrió el testamento, que decía así:

«Habiendo dado á mi nieta primogénita medio millon de reales para su dote, es mi voluntad que del total de mi fortuna se separe otro medio millon para su hermana Victorina, cuyo medio millon quedará en poder del tutor de mi nieta, la dicha Victorina.

»Nombro tutor y curador de la misma al doctor D. Venancio de Astudillo.

»Lego á D. Máximo Saturnino Osorio, hijo de mi amigo el general Osorio, para cuando pudiese ser habido, dos millones de mi fortuna libre, mi palacio de Madrid y mi quinta de Sevilla.

»Dejo á la señorita doña Sidonia Gaminde, mi pupila, y huérfana del benemérito capitán D. Arturo Gaminde, amigo de mi hijo, veinticuatro mil duros de dote, á condicion de que en el caso de volver de América en el término fijo de un año, contado desde el 28

de Enero del que rige, el antedicho don Máximo Saturnino de Osorio, ha de casarse con él.

»Lego á la señorita doña Genoveva Gaminde, hermana de la anterior y tambien mi pupila, la cantidad de diez mil duros para su dote; y es mi voluntad que ambas hermanas permanezcan al lado de mi amigo y testamentario el doctor D. Venancio de Astudillo, hasta la época de su casamiento.

»En el caso de ser habida mi nieta doña Rosa de Alvarez Puertollano y Salvatierra, le dejo un millon de reales, que su tutor el señor cura párroco de la aldea de San Simon conservará en su poder y le entregará el mismo dia de su casamiento.

»Dejo á mi cocinero Juan una renta vitalicia de ocho mil reales, cuyos títulos se encontrarán adjuntos.»

Seguian despues algunas mandas para todos los antiguos servidores de la casa, y acababa el testamento con esta cláusula:

«El resto de mi fortuna libre y todos mis bienes vinculados, así como las joyas de mi difunta esposa, se repartirán por igual entre mis tres nietas, Constanza, Victorina y Rosa, guardando en depósito la parte de esta úl-

tima su tutor, el señor cura párroco, para cuando pudiese ser habida.

»Si la muerte arrebatase al señor párroco antes de ser habida mi nieta Rosa, todos los bienes de esta pasarán á poder del doctor, que será á la vez tutor de mis dos nietas menores.

»Si fuese el doctor quien pasase á mejor vida, mis dos nietas menores quedarán bajo la tutela del párroco hasta la época de su casamiento.

»Si trascurridos veinte años no hubiese noticias de mi nieta Rosa, sus bienes pasarán á los pobres y se repartirán entre los asilos de caridad.

»Dado en mi castillo señorial á 7 de Enero de 1832.»

—¡Conque es decir que esa advenediza, si parece, es la más rica de las tres! exclamó Constanza con despecho.

Nadie respondió á estas imprudentes palabras: la voz del moribundo duque, saliendo ya de su sepulcro, llenaba aún con sus ecos el salon.

El párroco se levantó, y todos los demás le imitaron, disponiéndose á abandonar la estancia.

—Un momento, señores, dijo D. Fernando: tengo que hacer dos declaraciones muy importantes.

—¿Dos declaraciones? repitió Constanza con desden.

—Sí, señora marquesa: debo decir que hace once años bauticé en la parroquia de la vecina aldea de San Simón á una niña que llevaba al cuello un medallón de oro que encerraba, por uno de sus lados, una rosa blanca marchita, y por el otro un rizo de cabellos rubios.

—¿Y esa niña... preguntó con ansia el doctor, sabe V. de ella?

—Sí, contestó el párroco: esa niña vive en San Simón.

—¿En San Simón! repitió Constanza.

—Sí, en San Simón, repuso D. Fernando: es Rosa, la que todos conocen en el país con el nombre de Golondrina.

—En efecto, dijo el médico; esa pobre niña fué hallada, á los pocos días de haber nacido, en el hueco de una peña por un pastor de la aldea, y dos días más tarde fué su madrina en la pila bautismal la anciana Francisca, poniéndole el nombre de *Rosa* en memoria de la divisa que llevaba al cuello.

—El mismo día que fué hallada la niña, continuó el párroco, fui á reconocer el cadáver de una joven que se encontró á un lado de la senda que conduce desde San Simón hasta el castillo; la justicia me acompañó; y combinando las circunstancias, puede darse como cosa segura que era el de la infeliz Rosa, quien, queriendo ir á morir al castillo y bajo el amparo del padre de su esposo, murió antes de llegar á verle.

—¿Desgraciada! exclamó el notario á pesar de su impasibilidad oficial.

—La pobre joven, dijo á su vez el médico, al sentirse morir, colocaría á su hija en el hueco de la peña donde fué encontrada.

—Ya duerme en paz hace mucho tiempo en el cementerio de San Simón, dijo el párroco.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

—Además, prosiguió el párroco, sé dónde se halla el joven Máximo Saturnino de Osorio, prometido de la señorita doña Constanza hace nueve años, y hoy prometido de la señorita Sidonia de Gaminde.

—¿Cómo! exclamó D. Venancio al oírlo.

—Máximo se halla en mi casa, prosiguió

el sacerdote: hace nueve años pasó á las Indias deseando obtener alguna fortuna para casarse con la señorita Constanza, á la cual amaba locamente: tenían, él veinte años, y ella diez y seis: al tiempo de partir, la señorita Constanza desprendió de sus cabellos una rosa de perlas y esmeraldas como un recuerdo suyo: ¿es esto cierto, señora marquesa?

—¡Es cierto! murmuró Constanza confusa.

—Pues bien, Máximo volvió ocho días hace á este país, tan pobre como salió de él: la suerte no le fué propicia: le he reconocido por sus papeles y por la rosa de perlas que hallé en su pecho y que yo sabia por el duque que Constanza le habia dado. Máximo fué hallado á la puerta de la iglesia de San Simon, desmayado de hambre... y de dolor, porque encontró á su prometida casada con el marqués de Prado-hermoso!

—¡Ah!... ¡pero vive... vive! exclamó Constanza con afán, pues su ambicion no habia podido ahogar aquel amor, el primero y el único que en su vida habia tenido.

—¡Quizá á esta hora no viva ya, señoral contestó con tristeza el sacerdote.

—Mi pregunta es solo dictada por la compasion, repuso la marquesa recobrando su habitual altanería: me vuelvo á mi casa, añadió, y suplico á V., señor doctor, que puesto que es V. el tutor de mi hermana y de esas dos jóvenes, para mañana deje desocupado este castillo.

Y esto diciendo, salió sin siquiera abrazar á Victorina, que la siguió con una mirada triste.

Toda persona de carácter noble siente hacia la ancianidad una especie de deferencia melancólica: ¿no os entristecen, lectoras mías, las canas que van naciendo sobre la frente de vuestros padres?... ¡Ay!... cada cabello blanco es, de fijo, un paso hacia la tumba, y es también muchas veces una patente de dolor.

Siempre debemos consideración á los ancianos que ya dejan el mundo y cuya larga carrera está al terminar, porque para ellos tiene ya la tierra muy pocos placeres y ha debido tener muchos pesares.

¡Cuántas veces habrá batido el dolor sus ardientes alas sobre una frente surcada de arrugas! ¡Cuánto habrán llorado los ojos que han apagado los años! ¡Cuánto habrá trabajado un cuerpo que la edad encorva con su peso!... ¡Ah! ¡quién no siente llenarse de lágrimas sus ojos al verse joven y fuerte y al contemplar á un anciano venerable cuyo paso vacilante nos dice que ya no puede caminar largos días sobre la tierra!

No conocia Constanza esa piedad delicada que, naciendo de la nobleza de los sentimientos, puede solo albergarse en una alma noble: correspondió con una altanera incli-

## XIII.

Un mes despues de estos acontecimientos, el soberbio carruaje de la marquesa de Prado-hermoso se detenía á la puerta de la humilde casita del párroco D. Fernando.

Quince días hacia que habia muerto el marqués, despues de haber gastado, no solo los restos de su fortuna, sino todo el dote de su mujer.

La marquesa subió la escalera con marcada repugnancia, y fué recibida por doña Mónica, que la saludó respetuosamente sin recibir apenas contestacion.

El desvío de los jóvenes hacia los ancianos hace á aquellos muy poco favor, y da mala opinion de sus inclinaciones y sentimientos.

nacion de cabeza al saludo de doña Mónica, y le dijo en seguida:

—Quiero ver al enfermo.

—Es imposible, señora: respondió la hermana de D. Fernando.

—¿Es imposible!... ¿y por qué? repuso la marquesa.

—Porque el médico, ó mejor dicho, los médicos, han mandado que nadie entre en su cuarto.

—¿Qué médicos? ¿no está enfermo y muy de peligro D. Venancio en esta aldea?

—Sí, señora, D. Venancio está enfermo; pero esto no impide que haya otros dos médicos para la asistencia de ese pobre jóven.

—¿De dónde han venido?

—El uno de Toledo, y de Madrid el otro.

—¿Cómo! exclamó la marquesa: ha hecho V. venir dos médicos para asistir al Sr. Osorio, y nada menos que de Madrid el uno? ¿Cómo se conoce que ahora es rico á costa mia!

—Yo no sé si es rico, señora, contestó la buena doña Mónica, justamente ofendida del tono incisivo de la marquesa. No he sido yo tampoco quien ha hecho venir á esos facultativos, sino mi hermano.

—¿Y dónde se halla su hermano de V.?

—En Toledo, con Rosita.

—¡Ah! ¿Con mi hermanita nueva?

—Sí, señora: ha ido á ponerla en un convento donde se educan otras señoritas de distincion, para que la eduquen tambien.

—¿Conque dice V. que no puedo ver al enfermo?

—En efecto, señora, su estado es tan peligroso que aún se desespera de su vida, y quizá con mayor fundamento que nunca.

—Entonces, cuando esté en estado de que se le pueda ver, aviseme V., en mi castillo, en el cual vivo ahora: si se muere, aviseme usted tambien.

La marquesa, dichas estas palabras con una impasibilidad casi monstruosa tratándose del hombre que tanto la amaba, volvió á tomar su coche y se dirigió al castillo que antes habia ocupado su venerable abuelo.

Ya no existia en aquel hermoso edificio ninguno de nuestros antiguos amigos. ®

El tio Juan y su esposa, la buena Francisca, habian sido despedidos; y los dos excelentes ancianos, que durante tantos años habian imperado en la cocina como sobera-

nos, y que á pesar de la renta que habian recibido de su generoso señor, allí hubieran deseado morir, salieron llorando á lágrima viva del castillo y tomaron una modesta casa en la vecina aldea de San Simon.

En su casa era á donde habian acudido á hospedarse D. Venancio, enfermo á causa del pesar que le habia ocasionado la muerte de su idolatrado amigo el anciano duque, y sus tres pupilas, las dos huérfanas y la niña Victorina.

Sidonia se habia hecho muy amiga de doña Mónica, que la quería con un amor verdaderamente maternal: aquella mujer sencilla, generosa y amante, que habia perdido á todos sus hijos, y aquella jóven huérfana, modesta y cariñosa, se unieron muy pronto por una viva simpatía.

La jóven se dedicaba asiduamente al cuidado de D. Venancio; pero todas las tardes hallaba un rato para ir á pasarlo con doña Mónica.

Al mismo tiempo que la marquesa, se hallaba Sidonia en casa del párroco, y despues que la anciana hubo despedido á aquella, volvió á su cuarto, en el cual la esperaba la jóven.

—Esa orgullosa mujer me ha causado un sentimiento muy grande, hija mia, dijo la buena señora, no bien entró en la estancia donde se hallaba Sidonia.

—¿Qué ha pasado, pues? preguntó la jóven, que conocia bastante á Constanza para saber hasta qué punto era insolente, y á doña Mónica para saber hasta dónde era sensible.

—Acaba de decirme que bien se conoce que sabemos que es rico ese pobre jóven, puesto que hemos llamado á dos médicos para asistirle.

—¿Rico? preguntó cándidamente Sidonia: ¿pues no ha tenido que vender Manuel su trigo y sus dos mulas para prestar á V. el dinero con que pagar médicos y medicinas?

—Así es la verdad; el pobre Manuel está haciendo lo que no puede, porque tiene cinco hijos y les está quitando el pan de la boca, como quien dice, y esto solo por cumplir con la primera de las obras de misericordia.

—Es cierto, señora, dijo Sidonia: la primera de las obras de misericordia es visitar á los enfermos; pero, segun dice muy bien Catalina, no puede tener esta sola acepcion, porque ¿qué hará un enfermo infeliz nada

más con que le visiten? ¿De qué serviría esto á ese pobre y desvalido jóven? Me parece, además, que hay otros enfermos que los del cuerpo, y que los que padecen dolencias del alma son aún más dignos de nuestra compasion y de nuestros cuidados.

—Tienes mucha razon, hija mia, dijo doña Mónica: los enfermos del alma son los que más padecen y á los que más debemos pensar en aliviar; y, ó yo me engaño mucho, ó los males corporales de ese infeliz provienen de males morales muy dolorosos: ¿por qué no quieres verle?

—Señora, dijo Sidonia, no me ha parecido prudente entrar á molestarle: á V. la conoce, á mí no: además, la buena Catalina no se separa de allí.

—Vamos, entra ahora conmigo, dijo doña Mónica: verás qué cara tan interesante tiene.

—Entraré por dar á V. gusto, doña Mónica, repuso Sidonia; pero me voy al instante, porque el señor doctor habrá preguntado ya por mí.

Dicho esto, siguió á la anciana, que la condujo al cuartito que ocupaba el enfermo.

Este se hallaba despejado: con gran sor-

presa de doña Mónica, tenia los ojos abiertos y el color casi natural; pero su espantosa demacracion causaba pena y hacia adivinar cuánto habia padecido aquella pobre naturaleza.

Sentada á la cabecera del lecho, la buena Catalina contemplaba atentamente al enfermo, quien, sumergido en una meditacion profunda, casi no oyó las pisadas de doña Mónica y de Sidonia.

—¿Cómo va ese valor? preguntó la anciana inclinándose sobre el lecho con cariño.

—Estoy algo mejor, señora, respondió con voz débil el enfermo: muchas gracias.

Volvió á callar, dicho esto, y sobre sus facciones se extendió la misma sombría nube que siempre las cubria.

—Ha venido á verle Francisca su nodriza y Juan el cocinero, y no los ha reconocido, dijo Catalina: ahora es la primera vez que le veo un poco despejado.

—Mira, Catalina, vete á descansar y á dar una vuelta á tu casa, hija, dijo doña Mónica: ¡Dios mio! ¡tu marido está acabando su hacienda, y tú estás acabando tu salud por esta obra de caridad!

—¡Es verdad! dijo el enfermo: yo soy un maldito que causa la desgracia de todo aquel que se me acerca.

—¡Bah! ¡bah! ¡señorito! dijo Catalina: déjese V. de esos ruidos. Dioslo pagará todo, y lo que importa es que V. se ponga bueno. ¡Hemos vendido el trigo de flor y el mejor par de mulas para pagar la botica y los médicos? ¡Benditos sean mis bienes que me sacan de mis males! Ya ha ido mi Manuel á vender la otra mula, y traerá cuatro onzas lo menos por ella.

—¡Cómo! exclamó Máximo sentándose con ímpetu sobre su lecho; ¡cómo! ¡habeis vendido vuestro trigo y vuestro ganado por mí? ¡sin conocerme? ¡sin saber quién soy?

—¡Vaya! ¡Para qué queríamos saber quién era V., señorito? repuso Catalina: bastaba con saber que estaba desamparado; así Dios haga que mis hijos hallen una alma buena que, si van á servir á su Reina y los hieren, les cuide como yo á V. lo poco que sé y puedo... Pero me voy, que ya es tarde y debe volver Manuel: doña Mónica, á esos señores médicos tan desconfiados dígales que mañana se les pagarán las visitas de

hoy... ¡Huy, qué hombres!... se les figura que se les va su dinero de entre las manos!... ¡Y para lo que sirven sus potingues! Lo que es ese de Madrid, que se lleva un duro cada vez que sube la escalera, tiene una cara como un judío; ¡ay, D. Venancio de mi alma! ¡cuando estará bueno!

Catalina, dichas estas palabras, salió de casa de D. Fernando, y se fué á arreglar á sus chiquillos y la suya.

En cuanto á Máximo, habia sepultado su rostro entre las ropas del lecho y sollozaba amargamente.

—Hijo mio, dijo con dulzura doña Mónica, V. ofende á Dios entregándose á la desesperacion: la caridad no envilece. Dios mismo quiso nacer pobre: vea V. esta jóven que se halla á mi lado: es tambien una pobre huérfana que ha sido recogida por caridad dos años hace.

Máximo no respondió, y Sidonia se atrevió á decir con timidez á doña Mónica:

—Señora, ¿por qué no pone V. en este aposento su hermosa imágen de los Dolores? Su vista endulzaría los de esta pobre alma: no hay aquí ningun objeto que le distraiga y consuele.

—¡Tienes razon! tienes siempre razon, hija mia, dijo doña Mónica: vamos á colocar aquí la sagrada imágen.

Llamó en seguida á Micaela, le mandó traer una mesita, y al instante fué colocada sobre ella la preciosa escultura.

La Virgen quedó por casualidad con el semblante vuelto hácia el lecho, y al salir del parasismo de dolor en que habia caido, el pobre Máximo lo primero que vió fué la dulce mirada y la grata sonrisa de la reina del cielo.

XIV.

Como habreis visto, mis jóvenes lectores, los personajes de esta historia ignoraban cada uno la suerte del otro.

Al dia siguiente de la lectura del testamento del anciano duque de la Estrella, la Golondrina, ó más bien Rosa de Álvarez y Puerto-llano, fué conducida por D. Fernando al convento de Toledo en el cual debia educarse.

La pobre niña ni preguntó nada, ni nada le dijeron tampoco, por no creerlo el párroco necesario por entonces: sacóla de la inmunda casuca de Perucho, y metiéndose con ella en un carruaje, la condujo con cariño al convento, asilo santo y benéfico de la infan-

cia, donde esta recibe á un mismo tiempo el pan del cuerpo y el del alma.

Rosa, al verse entre aquellas niñas de su edad, alegres y cariñosas; al verse, como ellas, aseada y mimada, se quedó contentísima, y su tutor, el buen D. Fernando, empezó sus diligencias para asegurar de un modo estable el porvenir de su pupila.

El mismo día de la salida del párroco y de Rosa para Toledo, D. Venancio, enfermo de cuerpo y espíritu por la pérdida de su amigo, tuvo que dejar el castillo cuya posesión exigía tan imperiosamente la marquesa de Prado-hermoso, y se hospedó provisionalmente con sus tres pupilas en la casita que habían alquilado para sí el anciano cocinero y su esposa.

Los pobres viejos no querían perder de vista las almenas del antiguo castillo donde tan felices habían sido.

Constanza había mandado venir de Madrid á su cocinero, y á las órdenes de este habían quedado los ayudantes Blas y Toribio, quienes, sin embargo, echaban mucho de menos á su antiguo soberano el rollizo y bondadoso tío Juan.

Nada sabían, pues, Máximo, Sidonia y

Genoveva de las innovaciones que iba á haber en su suerte: aquel era heredero de una fortuna opulenta por el testamento del duque: Sidonia estaba ricamente dotada, y ambos tenían la obligación de unirse por los lazos del matrimonio cuando aún no se conocían, y cuando se juzgaban respectivamente desamparados del mundo entero.

Así la Providencia, á quien muchas veces acusamos ligera y culpablemente de injusta, vela por todos sus hijos y no desampara á los buenos, por más que los haga pasar por duras pruebas.

Dos días después del en que á instancias de Sidonia se colocó la imagen de Nuestra Señora de los Dolores en el dormitorio de Máximo, este se hallaba recostado en su lecho, y más animado por primera vez después de su penosa enfermedad.

Á su lado y trabajando en una calceta de lana negra para el señor cura, se hallaba doña Mónica; y Sidonia, sentada á los pies del lecho, formaba un grueso ramillete de flores campestres.

—¿Conque se siente V. mejor, verdad, hijo mio? preguntó bondadosamente la anciana

al enfermo: ¡cuánto se alegrará mi hermano cuando venga! ¿Y quiere V. que le diga la verdad? Pues mire V., creo que Sidonia es la que debe llevar toda la gloria de la curación de V.

—¡Yo, señora! exclamó la jóven, confundida y encarnada como una cereza.

—Tú, sí; ¿de qué te admiras? Máximo me ha dicho que al ver fija sobre su frente la mirada de la Virgen, sintió que su cabeza se despejaba, y que huía de ella el constante pensamiento del suicidio que durante mucho tiempo le habia atormentado: ¡sí, hija mia! ¡Quería matarse!

—¡Caballero! ¡eso es una cobardía! dijo Sidonia con grave y triste acento.

—¡Ah, señorita! exclamó Máximo: ¿en qué otra cosa que en la muerte puede pensar el infeliz á quien todo falta en la tierra?

—Dios es el padre de todos, y el que cuida de los pajarillos en los días en que el hielo y la nieve cubren los campos, no es posible que desampare á los mortales que son sus hijos, y por los cuales murió.

—¡Es verdad! dijo el enfermo: Dios me hizo encontrar á esta buena señora, ó más bien, hizo que ella me encontrase á mí y que

me abriese su pobre casa, porque yo no tenia en este pais dónde albergarme.

Pero ahora recuerdo, prosiguió Máximo, que aún no saben quién soy ni de dónde vengo, y, aunque brevemente, debo decirlo á Vds.

Mi padre el general Ossorio fué compañero de colegio y amigo íntimo del duque de la Estrella.

Algunos años más jóven que este, halló en él una proteccion casi paternal y tan eficaz en todas las circunstancias de su vida, que le debió innumerables favores.

Casóse el duque, y mi padre fué al ejército, encargándome á los cuidados de su amigo, que se propuso hacerme estudiar la carrera de leyes: Constanza de Puertollano tenia entonces diez años, y yo quince: nos amábamos como hermanos, y el deseo de complacerla me hizo estudioso y aplicado.

Pronto degeneró el cariño infantil, que yo le profesaba, en una pasion tan ardiente como ilimitada; pero su corazón, helado y ambicioso, ni sabia lo que era amor, ni debia saberlo jamás.

El duque no vió con enojo mi cariño: de-

masiado rico para ser interesado, solo deseaba la felicidad de Constanza.

En cinco años acabé mi carrera, y durante ellos, ¡ay! tuve la irreparable desgracia de perder al mejor de los padres: huérfano ya de madre, quedaba enteramente bajo la tutela del duque.

Un día me llamó á su gabinete: acababa yo de cumplir veinte años, y quince Constanza.

—Hijo mio, me dijo haciéndome sentar á su lado y tomando una de mis manos: estoy enfermo de muerte: un mal incurable va minando los días que me quedan que vivir en el mundo.

Yo hice un movimiento de doloroso espanto, que él contuvo con un ademán, y continuó:

—Además, soy viejo; y así, debo pensar en el porvenir de mis nietas y en el tuyo: sé que amas á Constanza, y este cariño me colma de alegría, porque no podría hallar para ella un esposo de mejores cualidades, de más noble corazón: pero, Máximo, Constanza es muy rica, y tú eres en extremo pobre: y como amo y venero la memoria de tu noble padre, y además te estimo mucho, no

quiero que digan nunca que te has casado por interés con mi nieta.

El rubor encendió mi semblante: el duque prosiguió:

—No creo que Constanza abrigue aún hacia tí una gran pasión: es una niña que no piensa más que en jugar; pero tú la amas mucho, hijo mio, y el amor se trasmite, como todos los sentimientos nobles: yo cuidaré además de mantener vivo tu recuerdo en su alma.

—¡Mi recuerdo! Pues qué, señor, exclamé aterrado, ¿piensa V. arrojarme de su casa?

—No te arrojé, Máximo: soy yo quien me ausento, contestó el duque; mi mal hallará quizás alivio ó me destruirá más lentamente en el campo: me voy á mi antiguo castillo con mis hijas y el Dr. Astudillo; quédate tú en Madrid: trabaja: tienes una carrera; busca á la fortuna, ella no te huirá.

—Mucho tardaría en hallarla en España, señor, le respondí con despecho, y así, preferí ir en pos de ella bajo el hermoso cielo de América.

—¡Sueños vanos! exclamó el duque: ¿cuándo dejareis de atormentar á la fogosa

juventud! Y tú, hermosa España, ¿por qué no abres tu seno, y muestras á tus ingratos hijos los tesoros que escondes y que les guardas?

Este apóstrofe me dejó confundido, y guardé silencio.

—Vete, continuó el duque tras de algunos instantes de meditacion. Ve á donde quieras, Máximo; no te detengo, ni te aconsejo: al que nada posee no puede decirsele *busca aquí ó allá*, sino *busca por el mundo entero*.

—Es verdad, observé yo; pero ¿he de alejarme desde aquí? Yo quisiera, señor, ver al menos el sitio donde queda Constanza, para llevarle grabado en mi corazon.

—Sea así, contestó con bondad el duque: pasarás algun tiempo aún entre nosotros, y luego partirás en busca de una fortuna, no pingüe, sino modesta, y que alcance á poner á salvo tu decoro de la maledicencia del mundo.

En efecto: dos dias despues llegamos á estos sitios; solo algunos permanecí en ellos, y luego, despidiéndome de aquella familia, que habia sido la mia, parti para la India.

Largo é inútil seria que yo refiriese ahora lo que tuve que sufrir en aquel abrasado clima: la fortuna huia de mí, y al cabo de siete años de continuas enfermedades volví aquí con la desesperacion en el alma, y tan pobre como habia salido.

Llegué á estos sitios dos meses hace y en una lluviosa tarde, y me detuve enfrente del castillo contemplándole con amargura; pero la sorpresa embargó mi alma al ver á dos pasos del antiguo edificio, cuyos muros encerraban lo que más amaba yo en el mundo, otro suntuoso palacio de construccion moderna, y en uno de sus balcones á Constanza, más bella que nunca.

Rosa, esa niña á quien llamábais la Gollondrina, me dijo que aquella dama era la marquesa de Prado-hermoso, y casi muerto de dolor y de fatiga me condujo á la cocina del castillo, donde oí de la boca de mi buena nodriza, la mujer del cocinero Juan, la confirmacion de mi desgracia.

¡Constanza se habia casado un año hacia, y aquella era su habitacion nupcial!

Entonces quise huir de allí, sin pensar en ver á mi bienhechor y segundo padre: me dijeron que la aldea de San Simon era la

más cercana, y llegué á ella ya muy entrada la noche.

Pero las fuerzas me faltaron de repente: no habia comido nada hacia muchas horas; el dolor abrasaba mi cerebro y hacia discurrir por mis venas una fiebre ardiente... caí desfallecido, y he despertado de mi penoso letargo en este asilo benéfico.

Calló el jóven fatigado de su largo razonamiento, y las dos mujeres le contemplaron con una profunda conmiseracion.

—¡Pobre jóven! dijo doña Mónica: yo tuve la dicha de encontrar á V. al salir de la iglesia y le hice conducir aquí... Desgraciadamente somos muy pobres, pero nuestros vecinos Manuel y Catalina son tan buenos y misericordiosos, que han empleado todo cuanto tenían para aliviar á V.

—Es verdad, señora, repuso Máximo: esas excelentes criaturas han tenido misericordia de mi cuerpo... y V. y esta jóven, de mi alma, que estaba aún más enferma... pero ¡oh, Dios mio! ¿Cómo podré resarcir á Manuel y Catalina de los perjuicios que les he causado?... No hablo de Vds., pues sus beneficios y cuidados solo puede recompensarlos una eterna gratitud... pero ellos, ellos...

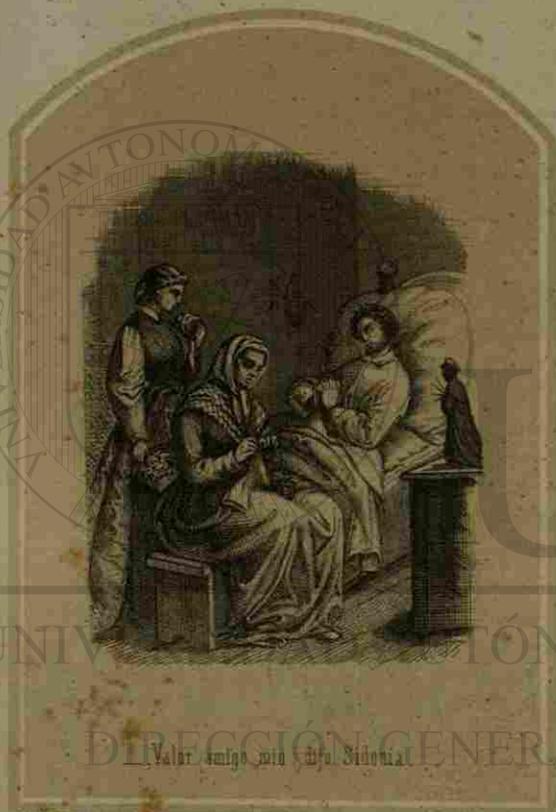
¡Oh! si los soberanos de la tierra supieran dónde existen desventuras como la mía, es seguro que las remediarían.

Lágrimas de fuego se deslizaron por las mejillas de Máximo al pronunciar estas palabras.

—¡Valor, amigo mío! dijo Sidonia enjugándose los ojos bañados también por triste llanto, que habían arrancado las palabras del joven: es verdad que no son las miserias más dignas de lástima aquellas que obligan á pedir el pan de puerta en puerta: ¡no! el mendigar es muchas veces un *oficio*, que se *hereda* y que se *perfecciona*; pero hay desgracias, ocultas con rubor, que no tienen más alivio que la muerte. Para endulzar esas amarguras, nos queda la piedad de Dios... Cuando todo nos abandona en la tierra, cuando la humanidad nos olvida, Dios acude en nuestro auxilio, Dios, que ve nuestra alegría y nuestro dolor.

—¡Ah, señorita! V. me habla así porque no columbra, ni aun desde lejos, toda la extensión de mi desgracia.

—¿Que no?... repuso Sidonia con tristísima sonrisa; yo estoy, amigo mío, en el mismo caso que V.; huérfanas mi hermana y



Lit. de H. Goussier

M. P. de M. de M.

yo, y acogidas por caridad en casa del señor duque, ahora, que ha muerto, no sé qué será de nosotras; pero Dios no nos abandonará. prosiguió la jóven con una expresion sublime de confianza y de fé: somos jóvenes, trabajaremos.

—Es verdad; V., al menos, solo debe gratitud... ¡pero yo!... ¡Oh, si hallase quien comprase mi sangre, la venderia para pagar á esas pobres gentes!

—Estas pobres gentes, señorito, dijo á este tiempo una voz llena y varonil, están pagadas de sobra con verle á V. tan aliviado.

Volviéronse todos y se hallaron en el umbral de la puerta con las caras risueñas y honradas de Manuel y Catalina.

—¡Caramba y qué cambiado está V.! prosiguió Manuel, que hacia esfuerzos inauditos para contener su llanto, mientras que Máximo, inclinado sobre una de sus manos, lloraba copiosamente.—¡Si parece usted otro! La señorita tuvo una bendita idea al dar á V. hace dos dias caldo de gallina.

—¡Ya se ve, lo que tenia era debilidad, pero yo no me atrevia á darle nada! dijo Ca-

talina contemplando tambien con admiracion á Máximo.

—¡Y ahora voy á darle otra cosa! dijo Sidonia levantándose: voy á darle aire libre y un rayito de sol.

Y esto diciendo, abrió la jóven de par en par la ventana.

El aire tibio y balsámico de Abril penetró en la estancia, juntamente con un rayo de sol que, resbalando por entre las macetas del señor cura, colocadas allí por la mano de Sidonia, fué á herir la pálida frente de Máximo.

—¡Buen Dios, qué pimpollos, qué rosas! gritó Catalina señalando el rosalito del señor cura.

—¡Cómo, aquí el rosal de mi hermano! exclamó asombrada doña Mónica.

—Entre Micaela y yo trajimos anoche todas las macetas para que alegrasen al pobre enfermo, dijo Sidonia algo confusa: ¡perdon, señora!

—¡Has hecho bien, hija mia... has hecho muy bien! dijo la buena señora: eres un ángel, y Dios te pagará tu prevision.

Aquella sencilla mujer no sabia dar otro nombre á la poesia, á la delicadeza de alma.

á la bella caridad que llenaban el corazón de Sidonia.

—¡Pero Dios mío! ¿cómo hacen Vds. para tener esas rosas tan pronto? exclamó Catalina: ¡y son de pasión! añadió acercándose al rosal cargado de hermosísimas y aromadas rosas.

—El sol, el riego con agua templada, y el preservarlas del hielo, las hacen adelantar, dijo Manuel.

—¡No! dijo á la espalda de los circunstantes la grave y sonora voz de D. Fernando: ¡no! es la mano de Dios la que las ha hecho adelantarse para que refresquen con su perfume el abrasado cerebro de Máximo. Dios ha criado las flores para nuestro recreo, hizo brotar blancas á todas las rosas como emblemas de la pureza, y despues fueron emblema de amor, porque junto á su cruz habia un rosal que enrojeció con la sangre de su pasión.

—¡Aquí estoy yo! dijo la voz grave y austera de D. Venancio, que apareció apoyado en los hombros de Genoveva y Victorina: he determinado venir á ver á Máximo apoyado en estas dos lindas muletas, y veo, á Dios gracias, que está mejor que yo... Va-

mos á ver si la noticia que voy á darle acaba de ponerle bueno. Amigo mío, es V. dueño de dos millones de reales, de un palacio en Madrid, de una quinta cerca de Sevilla, y de la mano de la señorita Sidonia de Gaminde, mi pupila, que le entregaré dentro de quince dias con 24,000 duros de dote.

—¡Ea, fuera de ese lecho! gritó alegremente D. Fernando. Hijo mío, yo le diré á usted ahora como Jesus á Lázaro: ¡Levántate y anda!

Un grito unánime de asombro partió de todos los pechos. Máximo tomó la mano de Sidonia, la besó, y luego abrió sus brazos á Manuel y á Catalina.

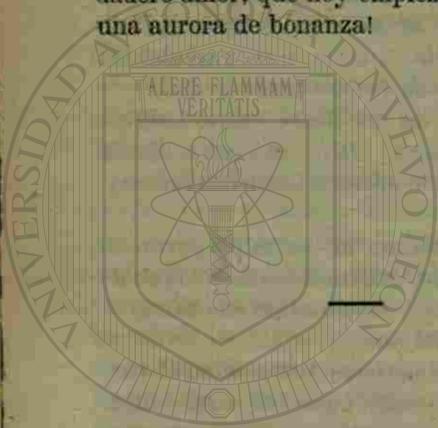
—Señor, dijo así que su emoción le permitió hablar, dirigiéndose al señor cura: le suplico á V. que corte para mí una rosa de esa maceta.

—Tómela V., hijo mío, dijo D. Fernando, que habia elegido la mejor y la más bella.

—Ahora, padre mío, repuso en voz baja Máximo, devuelva V. la de perlas y esmeraldas que debió hallar en mi pecho, á la marquesa de Prado-hermoso.

—¡Oh, sí, y guarda esa, Máximo, como la memoria de tu primer día venturoso! mur-

muró el párroco con emoción y estrechando la mano del jóven: ¡las flores son la sonrisa de Dios; las rosas son el emblema del verdadero amor, que hoy empieza para tí como una aurora de bonanza!



XV.

Algunos días despues, se hallaban sentados en el jardinillo del señor cura, Máximo, débil, pero casi bueno, tranquilo y risueño; D. Venancio, que leía un libro de medicina; doña Mónica, que trabajaba en su calceta, y Sidonia, que bordaba un pañuelo con las iniciales de Máximo Osorio.

El señor cura contemplaba sus flores y dirigía la mano destructora de Micaela que iba cortando verduras para la cena. ®

—¿No nos dirá, por fin, lo que le ha sucedido en el castillo? dijo Máximo á doña Mónica, señalando al señor cura.

—Sí nos lo dirá, pero será cuando nos haya hecho esperar un buen rato, hijo mio,

dijo doña Mónica: ese es su genio, y cuanto más le instemos, tanto más nos hará esperar.

—¡Eh! ya que habeis rabiado un poco, oídme, dijo á este tiempo D. Fernando acercándose.

—¡Gracias á Dios! repuso doña Mónica; ¡qué carácter tienes, hermano!

—Paciencia, amigos, paciencia, que así ganareis el cielo.

—¡Acaba!

—Habeis de saber, pues, que llegué al castillo y pedí ser llevado al gabinete particular de la marquesa: estaba recostada en un sillón y sin hacer nada; al verme entrar, no se movió; me miró de piés á cabeza, y me preguntó con frialdad:

—¿Podré ya ver al Sr. Osorio?

—No, señora, le contesté: el Sr. Osorio rehusa ver á V., y me ha encargado que le presente esta joya.

Esto diciendo, le presenté la rosa de perlas.

El carmin de la cólera cubrió las mejillas de la marquesa, quien, despues de una pausa, volvió á preguntarme:

—¿Le han dicho que estuve á verle en su casa de V.?

—Sí, señora: se lo dijo mi hermana, y para evitarle que se moleste de nuevo me envia á devolver á V. esta flor.

—¿Luego se casa?

—Esta noche.

—¿Con Sidonia?

—Sí, señora.

—¡Ah, viles! ¡ambiciosos! exclamó la marquesa.

—No sé por qué, señora, le respondí yo con gravedad: ellos no hacen más que cumplir los deseos de su bienhechor, que conocia cuán apropiada era esta union, cuán dignos eran Máximo y Sidonia uno del otro; y creo más bien que la ambicion está de parte de usted, que, viéndose arruinada, quiere reponer su caudal con la fortuna de Máximo.

—¡Caballero! gritó Constanza con indignacion.

—¿Qué otro sentimiento, continué yo, puede mover á V. á buscar á un hombre que debia casarse con V., y á quien V. olvidó con la más negra ingratitud? Pero ya es hora de que me retire, pues al caer la tarde he de echar á los novios la bendicion nupcial. Señora, V. fué la causa de que un hombre digno y honrado enfermase de alma y cuerpo;

dos pobres y toscos aldeanos han tenido misericordia del último, que sucumbía á los rigores de la miseria y del dolor, y una infeliz huérfana ha tenido misericordia de la primera, marchita y abatida por la crueldad de V. ¡Que nunca le dé Dios el castigo que merece!

Dicho esto salió; y ahora, que ya lo sabeis todo, id á poner os las mantillas para ir á la iglesia, que ya no pueden tardar Manuel y Catalina.

—¡Aquí estamos! dijo la alegre voz de la labradora.

—Manuel, dijo Máximo levantándose de su asiento y apoyándose en el brazo del aldeano; aquí tienes mi regalo de boda.

Y le presentó una escritura de venta de la casa en que vivía.

—Además, prosiguió Máximo, he comprado para tí las tres mulas que vendiste por mí, y cuatro más, que con la que te quedaba hacen cuatro hermosos pares de caballerías de labor; Sidonia regala además á Catalina seis cahices de trigo de flor, y el tablar de tierra blanca de siembra que tanto ha deseado siempre.

—¡Pero, señor, yo estoy lelo! exclamó el

buen Manuel: ¡soy así de un golpe el vecino más rico de San Simón!

—Ninguno de los otros te excederá en honradez y generosidad, estoy seguro de ello, repuso Máximo abrazándole con efusión.

—¡Pero, señorito, siendo yo su padrino de boda, y mi mujer la madrina, nosotros éramos quienes debíamos regalarles!

—¡Me habeis regalado la vida! exclamó el jóven volviendo á estrechar á Manuel sobre su pecho.

—Catalina, dijo entonces Sidonia: me has de prometer plantar en el tablar dos rosales que te hagan acordar de Máximo y de mí: uno de rosas blancas y otro de rosas de pasión: una rosa blanca fué el consuelo de mi esposo en las duras pruebas por que pasó, y las rosas de pasión, con su blando aroma y con su hermosura, llevaron á su alma el primer rayo de dicha y alegría; muchas veces me ha dicho que, cuando yo me separaba de su lado, el perfume de las rosas me traía á su presencia, porque nada hay que fije los recuerdos como un perfume que use ó nos haya dado una persona amada: las rosas son el emblema de su amor y del mio.

La jóven, dichas estas palabras, salió del jardín apoyada en el brazo de Catalina, y todos las siguieron dirigiéndose á la iglesia donde debían recibir las bendiciones nupciales.



XVI.

Al día siguiente salieron para Madrid Máximo y su esposa, llevando consigo á Victorina con permiso del Dr. D. Venancio.

Este se quedó con Genoveva para acabar de restablecerse, á beneficio de la hermosa estacion, en la pintoresca aldea de San Simon.

La marquesa viuda de Prado-hermoso marchó á Paris pasados los primeros dos meses de su luto. Madrid no bastaba á su afan de brillar y á aquella vanidad homicida, que habia disipado casi todo su caudal.

Para no dejar su castillo y su palacio en manos de sus criados, que ninguna confianza le inspiraban, mandó llamar de nuevo al

tio Juan y á su digna esposa, que volvieron llenos de gozo á imperar en la cocina, dando así una muestra patente de que los buenos hallan siempre recompensa.

Cuando Constanza marchó á Paris, escribió una carta á Genoveva, preguntándole si queria acompañarla, en cuyo caso pediria permiso para ello á su tutor; pero la jóven, cuyo corazon era bueno, y cuyo carácter casquivano y arrogante habia sido modificado por la dura leccion que fué para ella la inesperada fortuna de su hermana, le contestó dándole gracias y diciéndole que no pensaba separarse de su tutor.

D. Venancio, para recompensarla, la llevó á Madrid, donde bien pronto se casó con un jóven estimable, siendo ella, á ejemplo de su hermana, modelo de esposas y de madres.

Rosa y Victorina se casaron en un mismo dia, con dos jóvenes de la grandeza, y las dos encantadoras hermanas se amaron siempre con la mayor ternura.

Constanza casó tambien en Paris en segundas nupcias, renegando así tácitamente de su patria y de su familia, y su matrimonio no fué más dichoso que el primero, pues

su esposo era, como ella, vano, frívolo y dominante.

En el gabinete particular de Sidonia habia siempre un hermoso ramo de rosas, que en invierno se cortaban de la estufa del jardin, y muchas veces decia aquella á su esposo, señalándole las flores:

—Esa es, Máximo, una de las más bellas imágenes de la misericordia, pues Dios es tan bueno, que al mismo tiempo que nos ha dado la ciencia para alivio de las enfermedades del cuerpo, nos ha dado las flores para alegría de nuestros ojos, y como remedio de las enfermedades del alma.

FIN DE LA LEYENDA.



## INDICE.

Capítulos.	Páginas.
DEDICATORIA. . . . .	v
INTRODUCCION. . . . .	vii
I. . . . .	1
II. . . . .	7
III. . . . .	12
IV. . . . .	26
V. . . . .	41
VI. . . . .	52
VII. . . . .	67
VIII. . . . .	83
IX. . . . .	95
X. . . . .	104
XI. . . . .	118
XII. . . . .	130
XIII. . . . .	140
XIV. . . . .	151
XV. . . . .	167
XVI. . . . .	173

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL  
CETRO DE FLORES.

COLECCION DE LEYENDAS

BASADAS EN LAS

OBRAS DE MISERICORDIA.

CATORCE tomos. OCHO rs. cada tomo.  
CIEN reales toda la obra.

Cada tomo constituye una leyenda completamente independiente de las demás.

TÍTULOS DE LAS LEYENDAS.

- I. . . EL CASTILLO, LA ALDEA Y EL PALACIO.
- II. . . EL ÁNGEL DE LOS TRISTES.
- III. . . PLÁCIDA Y MATEO.
- IV. . . LA GITANA.
- V. . . VOLVER BIEN POR MAL.
- VI. . . LA CORONA NUPCIAL.
- VII. . . LA EXPIACION.
- VIII. . . MARIANA.
- IX. . . MÚSICA Y FLORES.
- X. . . LA SORTIJA.
- XI. . . LA MAYOR DE LAS VICTORIAS.
- XII. . . EL JARRON DE LA CHINA.
- XIII. . . LA COPA DEL OBISPO.
- XIV. . . AMOR DE MADRE.

ADVERTENCIAS. Los precios para Ultramar y el extranjero los fijan los corresponsales.  
En la administración, calle de Trajillos, núm. 5, cuarto segundo, Madrid, se facilitan catálogos de todas las obras y publicaciones de la Sra. Sinnés de Marco.



DAD AUFON  
CONTEC

EVC  
TEC